PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

DIC. 2025
ENE. 2026

EJEMPLAR GRATUITO

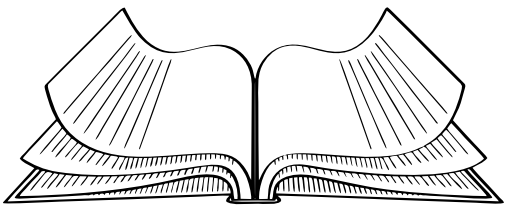
10 ANIVERSARIO



No. 59


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO
Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:
CURSO DE APRECIACIÓN LITERARIA
TALLER DE ESCRITURA CREATIVA
CURSO DE ANTROPOLOGÍA LITERARIA
TALLER DE LECTURA
Para más información escribe a:
CONTACTO@PORESCRITO.COM

10 ANIVERSARIO



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 59

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

dämmerung.
Salvador Galván 8

Impresionismo
Sergio García 9

Musas
Noemi Sastre de Diego 10

SAMSARA
Alejandro Ávila 11

Arcoíris
Héctor Carreón Perea 12

El papá de Javier no llegó a casa esa tarde
Mateo Mansilla-Moya 14

Ventana
Beatriz Sandoval 16

Ecos
Valyare 17

FIRMAS

Palabras
Cecilia Durán Mena 19

Corazón de copal: ¿Cómo nace un alebrije oaxaqueño?
Andrea Fischer 23

Cartografías del asombro
Fernando Montoya 28

Mira hacia arriba, mírala bajar
Itzayana San Germán Ceceña 33

Miró
Tex 34

Salida
Juan Antonio Rosado Z. 35

El sonido de las lechuzas
Raúl Sanz 39

Sueños lúcidos
Susana Corcuera 41

El mejor libro del mundo
Yamil Narchi Sadek 43

IMAGINARIO

El sustento de todo el maíz
Ignacio Navarro 45

Sin título
Irina Tall 46

Entre pecados y dulces
Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz 47

Sin título
Santiago Hoyos 47

Pidiéndole a todos los santos
Charly Baz 48

Un viaje, metro u hongos
Ignacio Navarro 49

VOCES

Explosión frutal
Mónica Iglesias 51

Dromos Nogadictos (Gnomos drogadictos)
Nawy 52

Adiós
Simona Galdina 55

La hora azul
Paola Castillo Spindola 57

Como si nada hubiera sucedido
Eduardo Diego 58

Mi primera vez
Montserrat López Ramírez 60

La calma sucia de Izazaga
Manuel Jorge Carreón Perea 61

Un poco más de libertad
Nancy Verver 65

Dos deseos
Denzil Garteiz 69

La Hambruna
Pato Soní Dillmann 72

GRACIAS 83

Hablando por escrito

Hace diez años, Pretextos Literarios Por Escrito empezó a dar pasos por este camino de letras haciendo una confesión: temblaba la mano. Y ¿cómo no?, si no sabíamos a dónde nos llevarían nuestros pasos ni cuánto tiempo nos irían a durar. Nos preguntábamos qué sería avanzar por esos senderos desconocidos y que nos preparábamos a descubrir. Mirábamos al frente, con la convicción de que al hablar por escrito estaríamos estirando los brazos con la esperanza de que alguien correspondiera nuestro abrazo. Temblaba el alma, palpitaban los dedos ante la incertidumbre del porvenir.

Quisiera decir que al empezar nuestro andar todo fueron buenos augurios, pero sería faltar a la verdad. Escuchamos tantos agüeros y ejemplos de proyectos que se disolvieron en la inmediatez del tiempo que no lograron publicar más que unos cuantos números, que desfallecieron ante la indiferencia de quienes confiesan con desparpajo que no les gusta leer. Quisieron asustarnos y no les faltaba razón. Resulta raro que alguien se atreva a entrar a la locura de abrazar la incertidumbre, no es de cuerdos ir contracorriente. Los más prudentes nos miraron con ternura y los sensatos nos daban razones contundentes para pensarlo mejor. Pero ni eso ni tanto consejo logró sacar temblores ni pálpitos temerosos. Parece una chifladura y lo es.

Es de locos tener una naturaleza irracional y contradictoria que nos da a los que gozamos el amor por la lectura. Entiendo el desengaño que surge al intentar comprenderlo y el tormento que experimenta el alma cuando la razón lucha contra la pasión. ¿Por qué lo haces?, fue la pregunta que escuchamos tantas veces, una pregunta que era más una invitación a la prudencia. Y, la respuesta siempre ha sido la misma a lo largo del tiempo: porque lo necesitamos. Esa es la razón que nos ha sostenido en el afán de atrapar lectores y escritores para nunca dejarlos ir.

Y, no obstante, esa prudencia precautoria que quiere alejarnos del peligro, de ese miedo mortal que alguna vez hemos sentido todos frente a lo desconocido, de ese espasmo paralizante que da la lucidez decidimos mirar hacia adelante y hacerle frente a la dictadura de la oscuridad sombría. Quisimos llenar un hueco, darle oportunidad a esos textos para que salieran de la penumbra del cajón olvidado o del archivo escondido. Quisimos darles vida y lo conseguimos. Llenamos ese vacío y hoy tenemos un lugar.

Hoy, después de diez años de sentir la alegría de publicar tantos textos que han servido de pasadizos que nos han llevado a espacios donde hemos vivido experiencias fantásticas me siento como Harmonía en el día de sus bodas con Cadmo. El recuerdo del día en que presentamos el número cero me lleva a imaginar a los invitados que vinieron a conocer el número recién editado, como a los convidados a esos esponsales que iban embarcados para llegar a la isla de Samotracia.

Así como Harmonía esperaba en su isla, nosotros mirábamos al segundero del reloj avanzar en el Museo de la Acuarela. Y llegó el momento de presentar la revista y hablar del proyecto. Tal como en aquella mítica boda a la que asistieron todos los dioses del Olimpo, nosotros estábamos rodeados de invitados que esperaban con mucha curiosidad saber qué traíamos entre manos.

De la misma forma en que sucedió en aquella fiesta, recibimos regalos: dieciocho textos, seis fotografías, un logotipo y un nombre. Fueron las primeras sesenta y cuatro páginas inaugurales. También, como Harmonía, Pretextos Literarios Por Escrito recibió y sigue recibiendo hermosos regalos hechos para conmover. Desde luego, lo mejor que hemos tomado en nuestras páginas, fue lo que ella recibió de Cadmo, el más bello de los regalos: las letras.

Editar una revista como Pretextos Literarios Por Escrito es un proceso arduo del que poco se habla. No es como hornear pizzas o fabricar carros por la sencilla razón de que no hay receta ni formulario ni manual que nos diga cómo hacerlo. Cada número lleva su propio proceso, cada edición sigue instrucciones particulares. Por curioso que parezca y por contradictorio que pueda resultar este razonamiento, ha sido así que hemos logrado tener por diez años una revista que atrapa lectores y escritores para no dejarlos ir. Nos gusta así, publicar textos e imágenes que lleguen al alma, lo mismo por su complejidad o por su sencillez. Palabras que sorprenden por su corrección y por la habilidad de la pluma en el uso del lenguaje, porque hacen parecer fácil lo difícil.

No obstante, lo que más nos gusta publicar es lo que llega al alma del lector, textos e imágenes que penetren el corazón que se meten en la conciencia y huyan de la sentencia de ser olvidados. Sabemos que lo mejor de los textos e imágenes que elegimos no es ni la historia ni el final, sino la exquisita forma que tienen de avivar emociones profundas. El lector las interioriza y cuando la belleza lo permite, el lector las vuelve, también, parte de su vida.

Ante todo, primero que nada, después de diez años lo que prevalece es el agradecimiento. Pretextos Literarios Por Escrito ha sido receptora de un cúmulo de generosidad sin medida. Este es un proyecto en el que muchas personas colaboran pro-bono, —por el bien— estudiantes que han venido a practicar que han hecho su servicio social, autores que nos envían sus obras, anfitriones de nuestros conversatorios, espacios que nos han abierto sus puertas para que sus visitantes se lleven la revista. El espléndido equipo que recibe, arbitra, edita, maqueta, reparte, da imagen y voz a este proyecto transmedia que florece y da frutos de y por generosidad.

Por eso tembló la mano hace diez años y hoy tiemblan los labios. Porque quiero seguir invitándote a leer. Te invito a que escuches mi voz y la de todos los que, en estas páginas a lo largo del tiempo, se han atrevido a hablar por escrito: a los que están, a los que se han ido, a los que solo han publicado en estas páginas, a los que la revista les ha servido de trampolín para alcanzar mayores alturas. Quiero que imagines que te estoy invitando a un banquete basto y rico, que te sientes en la cabecera y te sientas cómodo.

Como hace diez años, me permito hacerte una advertencia —aunque es probable que ya estés al tanto— Pretextos Literarios Por Escrito es un lugar habitable y como tal puedes encontrar algo de desorden, de polvo, mundos triviales como aquellos por los que merece tomarse una taza de café, tan trascendentes que requieran una copa de tequila o mezcal, tan concretos como el barro, tan profundos y necesarios como esa presencia silenciosa que acompaña al lector y hace su vida mejor.

Tengo el mejor pretexto para que leas: es divertido. Los mundos abstractos, más allá de lo que se traten, lo mismo si son de vidas peligrosas o sorprendan con formas lánguidas de vivir son entretenidos. En Pretextos Literarios Por Escrito entendemos que la lectura es una conversación: aquí se habla por escrito y tú escuchas y ves el reflejo de las palabras que se iluminan en tu mente. Así, durante diez años, hemos sentido que los brazos que se han tendido al aire siempre han recibido el abrazo correspondido.

Hemos perseguido un afán y seguiremos así: atrapando lectores y escritores para nunca dejarlos ir.

dämmerung.

Salvador Galván



amanece
sin que nadie lo diga
—porque nadie lo dijo—
y como prometiste:
se han comido las flores.
ahora el alba
nos muestra las alas
quemadas por el alba
y quedamos ya
sin ganas de pedir.

Ilustración por Max Adame

Impresionismo

Sergio García

Un lienzo abrumado por su sencillez
—su sencillez como fondo—;
unos trazos sueltos que auguran una espalda
que se escapa de un amarillo,
un color leve como un deseo mal curado
y nítido como un museo abandonado en Europa
que no se volverá a visitar.

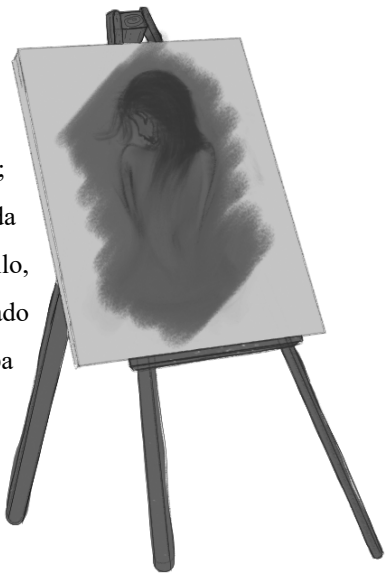


Ilustración por Max Adame

Musas

Noemi Sastre de Diego

Son musas, o fantasmas, los que llegan a besar
los aires que impregnan aquellos rincones
sentidos como propios.
Esos “no-lugares” que se revelan
como oasis en la vorágine; evaporados.
Son instante pronto cohibidos
ante el estruendo y la agitación
que se sortean día con día.
Y yo, nómada, deambulando
por las fronteras de la inspiración
recabo sus ecos y resonancias
esparcidos por este territorio liminal que habito;
cosechando el fruto de la letra vagabunda.
Son destellos, o luciérnagas, las que irrumpen
sombreando lo ceniciento y sórdido
de la opacidad cotidiana.

Son amantes recurrentes al éxtasis de lo fugaz.

No son, pero están. No están, pero sostienen,

y entonan mis lamentos, y ensalzan mis emociones,

y juegan con sus acordes a hacerme creer que despierto

en el eterno limbo de la elocuencia.



Ilustración por Juan Pablo Mena

SAMSARA

Alejandro Ávila

Ecos silentes, turbios y lascivos
de los que nacemos, morimos y revivimos.
Nos llamaron esclavos del deseo y desconcierto
de un desordenado mundo nuestro
que como olas, mareas e ideas
toma todos sentidos;
y para hacerlo
no tenían motivos.
Fueron los ecos silentes, raídos y malditos
del tipo que deforman esta tierra áurea
como sinfonías que hacen de sí en sus partituras
tanto caos como calma.
No hay más voces; no hay más estrellas.
No hay más inspiración para el resto de esta era,
solo los ecos silentes de todos aquellos
que nacieron, murieron y más nunca revivieron,
en las costas insonoras de un mar de astros
del que apenas quedan rastros.

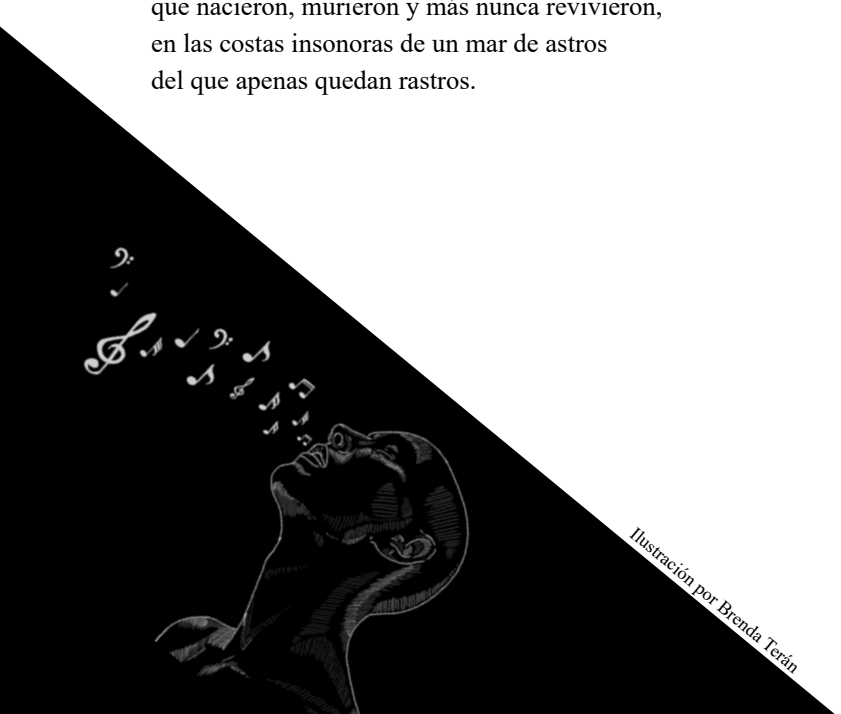


Ilustración por Brenda Terán

Arcoíris

Héctor Carreón Perea

A Yaiza Ariana Rodríguez Gutiérrez

Escribo con devoción tu nombre,

como la advocación mariana,

aquella que nos auxilia y condona,

así en tu corazón como del niño en el pesebre.

Lugar incólume que se pronuncia con gravedad.

Desde lo alto desciende tu luz,

Sol diurno que, abriéndose paso con caridad,

encarna en su cima la Cruz.

¿Dónde comenzó tu divina peregrinación?

Como la tierra guanche, prodigiosa e irredenta,

pugna con firmeza a la justicia imperfecta.

Cielo y humanidad se hermanan en franca Purificación.



Ilustración por Juan Pablo Mena

El papá de Javier no llegó a casa esa tarde

Mateo Mansilla-Moya

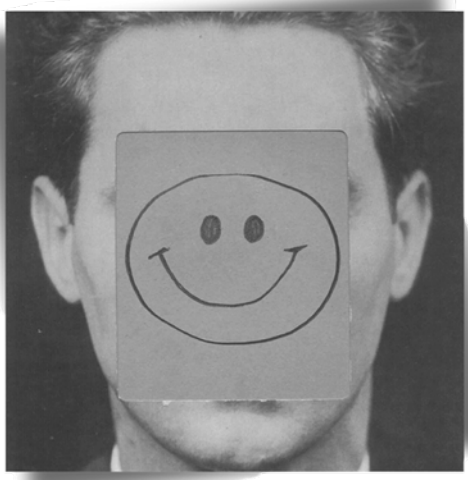
Había abordado un bus
en boulevard Hidalgo
con dirección a La Joya,
misma ruta en la que
una madre embarazada
falleció al quedar
atrapada
en medio
de un enfrentamiento



Todos recuerdan haberlo visto subir
a la unidad
excepto el conductor
Él ignora
el rostro que sonríe
en una foto
cuando le preguntan
dónde bajó.

Rolando, chófer por más
de veinte años
e ingeniero petrolero
de profesión
no sabe de rostros
ni de nombres
solo conoce números
porque es de lo que está hecha
la ciudad.

Cuando a Rolando
se le cuestiona
sobre el papá de Javier
antes de preguntar quién es
réplica
inmutado
¿Uno más?



Ilustraciones por Diana Sánchez Trejo



Ventana

Beatriz Sandoval

Una ventana abierta es sólo el vano
de un sentir que se escapa

Cerrada es un enigma
pero lo que ella encubre es lo que observa
desde su vidrio ciego

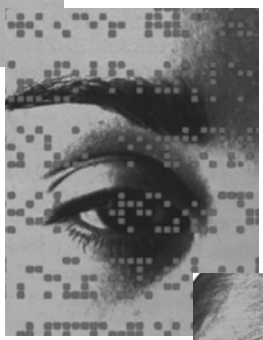
Qué oblicuo es el sentido
qué absurdo es asomarnos a vivir
desde el umbral inmóvil
de la insignificancia
cotidiana

Ilustración por Juan Pablo Mena

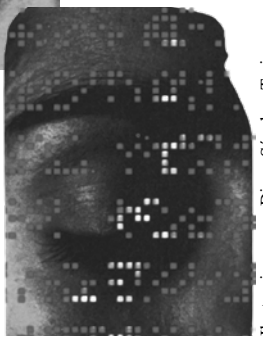
Ecos

Valyare









Ilustraciones por Diana Sánchez Trejo

Cuando del riso causal
de la memoria
se pierde la inercia
de los ojos
ya cansados,
buscando la sombra
de tu perfume
cuando la voz
erosionada
burla la desdicha
de una mueca ajena.
El gesto ausente
se resguarda bajo la lengua,
miente en braille
cuando pregunten
¿Qué sueña la muerte
cuando duerme?


BODAI
YOGA
Eleva tu práctica
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.
RESERVA
A través de tu plataforma de preferencia
Fitpass, Gympass, TotalPass
WA: 55 5217 0047
@bodaiyoga

Palabras

Cecilia Durán Mena

Palabras. Siempre me han intrigado. Pienso en ellas. Me da por especular de dónde vienen o quién las inventó. Cómo sucedió que llegaron a ser más que conceptos. Es un misterio entender el proceso y el tiempo que le tomó a una palabra para corresponderse con las cosas, con la realidad. ¿Quién tomó en sus manos ese trabajo? Alguien tuvo que alinear letras que denominen algo, que lo delimiten. Además, abarcan mucho más. Extienden los bordes. Borran fronteras. Son herramientas que sirven para acabar con la confusión y el caos que había antes de que existieran. Son como espíritus aleteando sobre la superficie, la profundidad de los abismos, las tinieblas y la luz. Son lámparas que iluminan el entendimiento. Pensamos con la mente, sentimos con el cuerpo y todo lo expresamos con palabras.

Algunas veces he sentido que no hay palabras que alcancen para expresar lo que siento, pienso o sueño, en especial cuando las lágrimas se atoran en la garganta o cuando el júbilo ya no cabe en el pecho. Con qué palabras se describe el olor que percibe una madre de la cabeza de su bebé, el aroma de un auto nuevo, la sensación de un reencuentro, el hueco que queda después de una despedida.

No son pocas las veces que me he quedado inconforme porque sólo encuentro una respuesta parca, cuando esperaba una contestación más amplia, profunda y sentida. Fallo cuando no aprovecho todas las oportunidades para describir una imagen —como la de las gotas de rocío que se resbalan sobre el vidrio de mi ventana cuando la mañana amanece tan fría—; o al rememorar un recuerdo —como el aroma a canela y piloncillo de los buñuelos de feria en el pueblo de mis padres— o al evocar un sentimiento —como la desarmonía de un adiós que no esperábamos pronunciar— o a alguna sensación asombrosa de aquellas que quitan el aliento. Cuando mis expresiones son tan escuetas que no logro emocionarte, cuando no me conecto contigo.

Así es. No puedo conformarme con pronunciar palabras o con rayarlas en un papel así porque sí: hay que cuidarlas. Se trata de revalorar y redescubrir las potencias de nuestra palabra. A través de esas edificaciones sorprendentemente construidas por vocablos me pongo en contacto con el otro, contigo. Es lindo escuchar: *ella es una mujer de palabra,* con todo lo que ello significa. Porque las

palabras viven, prosperan y se dan a entender. Parecen seres frágiles que desean con ansias crecer, pero son herramientas poderosas de las que brotan inteligencia y sabiduría o necedad y estupidez. También son armas punzantes, como espadas cortantes de doble filo, que penetran hasta partir la piel, el alma, el espíritu, las coyunturas y los tuétanos. Disciernen los pensamientos y los propósitos del corazón, lo mismo que sirven para ocultar motivos e intenciones.

Me entristece darme cuenta de cuando una palabra está atendida de una manera mínima para escribir lo indispensable igual que cuando se abusa de ella. No me gusta cuando la tratan mal, la escriben incorrectamente, la marginan o hacen mal uso de ella. Estoy convencida de que no hay palabras incorrectas ni desatinadas, como tampoco las hay que sean perfectas o exactas. Somos nosotros quienes les imprimimos propósito e intención. Es necesario protegerlas, custodiarlas, tratarlas con cariño, darles respeto. Desarrollar una verbalidad que nos permita comunicarnos, que nos abra pasos para decir con más detalle y con más pulcritud todo aquello que queremos expresar. Entrar en esa provocación verbal que nos da placer cuando lo dicho está bien dicho.

Luego, está aquello también. Eso de que las palabras son flexibles. Eso de que cuando uno habla en serio o se encapricha o recuerda o se asusta, las palabras se hacen más largas, más anchas, más grandes o chiquitas, delgadas, cortas. Como cuando las palabras salen de la boca: dejan de ser letras vacías y dicen lo que se quiere, aunque a veces se atraganten, se vuelvan rasposas o amargas. Y sí, ¿cómo de que no? Humillan y hacen pasar hambre, pero en seguida alimentan con esa comida que no habíamos conocido, porque en efecto nos enseñan que no sólo de pan vive el hombre. También ensalzan y nos hacen ricos, con una riqueza superior.

Nos auxilian. Nos ayudan a decir te quiero, pero decirlo en toda dimensión y en su cabal extensión: qué tanto, de qué manera, desde qué lugar, de dónde brota el sentimiento. Para explicar todo eso, las palabras vienen a nuestro amparo, si las tenemos a disposición. No, no es automático. Hay que desarrollarlas, darles su tiempo de fermentación, lavarlas con esmero, pulirlas para dejarlas listas. Acercarse a ellas sin miedo y con aplomo. Para amar a la palabra hay que abrazarla.

Las letras hacen que las líneas que aparecen en el papel como filas de gusanos inexplicables de pronto cobren sentido, entren por los sentidos y cambien nuestra disposición. De esa contemplación, brota un sueño o una pesadilla para saciar la sed con que nació la fantasía o la idea concreta.

Es cierto, unas palabras son como unas pequeñas fieras sin domar y no es su culpa si provocan risas y carcajadas, llantos y desesperación o repudio y extrañeza, aunque sean escritas de la misma forma y se moldeen de igual manera. Se trata de la intención, de lo que yo imprimo al formularlas y de lo que tú interpretas al leerlas. Se trata de elegir esa suma de letras con conciencia para articular con precisión lo que queremos decir. No nos damos cuenta, porque casi nadie se da cuenta de que hay que cultivarlas, mimarlas. No nacen por generación espontánea ni crecen por decreto. Merecen su tiempo y su arreglo. Las que más valen la pena tienen que añejarse. Aunque parezca que todas se visten del mismo modo, no es así. Es necesario equilibrarlas, acomodarlas, fertilizarlas y podarlas. Darles aire, esplendor y encanto. Y también controlarlas.

Las palabras son regalos que vienen de lo alto, como dones buenos y perfectos que descienden desde el cielo y aletean libremente entre las penumbras, las sombras, la luminosidad, la fosforescencia. Son la flor de la creación humana. Son semillas sembradas en el alma y que irán germinando, floreciendo y dando frutos. Hay un requisito: es preciso ponerlas en movimiento, no pueden hacerlo por sí mismas. Ello implica ser oidores y hacedores de palabras.

El que escucha las palabras y no las pone en movimiento es como aquel que se mira en el espejo y se olvida de su propia imagen. Quien persevera en ellas es lo contrario del espíritu olvidadizo; es una mente fiel que encontrará dicha al practicarlas.

Las palabras no se deben ocultar en los cajones, apartar en las esquinas, olvidar entre archivos, esconder bajo la alfombra: hay que darles libertad, alerones para emprender el vuelo, pies para que recorran el camino. La hierba se seca y las flores se marchitan, pero las palabras permanecen, resisten. Desearlas es habitarlas. Son simiente imperecedera, material con el que se vive y se vence la frontera del tiempo.

Los vocablos y su genética nos llevan a viajar por los siglos y los significados a través del tino de quien las emplea. Lo mismo un poeta que un artesano, un escribano que un operario: buscarán la combinación de letras que formen la palabra adecuada; esa, no otra, que designe el concepto que quieran denominar. Como lo hizo nuestro padre Adán en el Jardín del Edén, cada uno de nosotros nombraremos a nuestras plantas y animales, a nuestros cielos y sueños, a nuestra vida y su designio. Crearemos expresiones desde lo más profundo de nosotros mismos para mostrar soluciones lógicas, ideas propias, fantasías, convicciones: identidad.

Sé que son tantas que parecen inabarcables. Son tantas como las gotas de lluvia, fuertes como el aguacero, delicadas como el rocío, buenas como el agua abundante sobre los tallos tiernos. Son escudo y son refugio. Un buen comienzo es empezar por asimilar en vez de tratar de entender la complejidad de su grandeza: nos vencerían a la primera. Sé lo que te digo. No se trata de eso. Un poema no se escribió para ser entendido; un poema se escribió para que nos traspase. Me refiero a una experiencia mística cuyo amplio fondo es la escritura en maridaje con la lectura. Me refiero a encontrar ese elemento tan profundamente humano que humanamente apenas logramos explicar.

Es el deleite de la palabra. Ninguna es del todo perfecta, buena, mala o perversa. No hay nada más libre que el entendimiento humano. Las palabras son el vehículo que nos impulsa a pensar, a vivir miles de vidas, a silenciar el ruido del mundo, a alborotar el diálogo con un lector, con alguien que conoces o que jamás has visto, con una historia y sus vericuetos –en fin: con uno mismo.

Las palabras poseen la magia de despertar el espíritu, de animar la imaginación, de hacernos sentir poderosos, de entender la debilidad, de expandir nuestra experiencia vital. La magia de hacerlo con felicidad, no con facilidad. Es el sentido humano que nos separa de lo artificial y nos aproxima a lo divino. En fin, las palabras nos llevan a borrar los bordes de nosotros mismos y a hacer más grande nuestra identidad.

Nuestras palabras son nuestro legado, nuestra gracia.

Corazón de copal: ¿Cómo nace un alebrije oaxaqueño?

Andrea Fischer

Al llegar a San Martín Tilcajete, en la región de los valles centrales de Oaxaca, el coche queda empanizado de polvo. Después de más de una hora de trayecto, la carretera de pronto se hace de terracería. El camino de siempre, según nos dijo la taxista, estaba bloqueado por el mantenimiento que necesitan las autopistas estatales. Más allá de las casitas, todas de ladrillos pálidos, encontraríamos los talleres tradicionales de alebrijes.

El pueblo está en silencio absoluto. Conforme avanzamos en las callecitas estrechas, sobre las paredes de los negocios se empiezan a asomar representaciones de estas criaturas fantásticas. Algunas en forma de dragones; otras, de perros cornados o simios. Muy pronto, estas apariciones se transforman en murales completos, en los que los seres humanos conviven con estos seres mitológicos oaxaqueños.

¿Qué es un alebrije y cuál es su significado?

San Martín Tilcajete está apenas a una hora de Oaxaca, la capital del estado. Ubicada al sureste de México, se caracteriza por su clima árido, semiseco. En la carretera se pueden ver cientos de árboles de copal, y la tierra está espolvoreada de cactáceas. El último censo que se realizó en el municipio fue en 2010. Según las cifras del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), hace más de una década la población local apenas rondaba los 2 mil habitantes.

Incluso en ese tiempo, es poco probable que la cifra se haya disparado. En la actualidad, unas cuantas familias administran los talleres de alebrijes que abastecen a todo el país. Generalmente hechos de papel maché o madera, son figuras coloridas que representan animales imaginarios. Muchos de ellos mezclan especies, por lo que es común ver búhos con cola de serpiente, leones con cola de pescado o venados alados. Algunos, incluso, tienen forma humana.

Uno de los más influyentes es el Taller Jacobo y María Ángeles, que trabaja con artesanos zapotecas en la elaboración de miles de piezas anualmente. Ubicado en el corazón del municipio, actualmente alberga a 220 artistas locales, que se especializan en una única etapa del proceso de producción. Fue ahí que conocimos a Martín Mendoza.

Corazón de copal

Martín Mendoza tiene manos recias y brazos fuertes. Trabaja en el taller desde hace más de 2 décadas, y se especializó en tinturas naturales para vestir a los alebrijes. De cuando en cuando, recibe a turistas como nosotras para explicarles cada paso del proceso de producción de las artesanías. La mirada se le enciende cuando demuestra algunos de los 42 pigmentos básicos que se pueden conseguir con zinc, limón, huitlacoche y semillas de granada.

Como el pH de estos ingredientes no es nocivo para los seres humanos, hace la mezcla directo en la palma de sus manos. Ante nosotras, aparecen tonalidades rojas ladrillo, azul cielo, mostaza e incluso jade, según la concentración que aplique de cada cosa. “Todas las piezas se pintan así”, explica con una sonrisa, “a mano.” Cuando se necesitan colores específicos que no se obtienen en la naturaleza, los artesanos recurren a pintura de vinil.

En todo Oaxaca, añade el artesano, se tiene registro de 40 especies diferentes de copal. Ésta es la madera que se emplea para crear alebrijes. Cada árbol tarda entre 35 y 40 años en crecer, señala el artesano. De acuerdo con el catálogo de *Biodiversidad mexicana,* las cualidades de la resina fueron “aprovechadas ampliamente por las culturas prehispánicas para usos rituales, ceremoniales, festivos, terapéuticos, medicinales y como aglutinante”. En 2 mil 500 años, todas estas aplicaciones se han mantenido en San Martín Tilcajete.

En este taller, los artesanos trabajan exclusivamente con la madera de 2 en específico:

- Copal blanco *(Bursera glabrifolia)*: cuya corteza es pálida, y su madera es más suave, por lo que se le conoce como ‘hembra’.
- Copal rojo *(Bursera copallifera)*: cuya corteza es de color

ladrillo, y su madera es más difícil de trabajar, por lo que se le conoce como 'macho'.

¿Cuál es el origen de los alebrijes?

Los alebrijes se naturalizaron como oaxaqueños. Originalmente, se empezaron a diseñar en la Ciudad de México, después de que Pedro Linares, un comerciante del mercado de la Merced en el Centro Histórico, tuviera una pesadilla. Después de varios días de enfermedad, cayó en un sueño profundo, que lo llevó a un bosque que él mismo no conocía. Ahí se encontró con animales que nunca había visto, que le repetían una misma palabra: 'alebrijes'.

Siguiendo la tradición de cartonería de su familia, una técnica antigua de manipulación de papel maché, Linares quiso llevar a estos seres oníricos a la vigilia. Una vez que se recuperó por completo, decidió replicar estos animales únicos y dedicarse a ellos por completo. Otros artesanos imitaron su técnica, hasta que llegó a oídos de Manuel Jiménez Ramírez, un artesano de San Martín Tilcajete que implementó el mismo diseño en madera de copal.

Según la experiencia de Martín Mendoza, una sola pieza puede tardar en terminarse hasta 10 meses. En este taller, todo el proceso se realiza a mano: desde la selección del árbol hasta la vestimenta del alebrije, que cada artista plasma con su propio pulso sobre la pieza. Por lo cual, cada tallerista tiene una especialidad diferente. Algunos cortan la madera, otros se encargan de lijarla, al final los pintores puedan vestirla con patrones únicos.

Quizás la parte más tardada es el secado. Mucho antes de que los pintores puedan intervenir a los alebrijes, cada pieza tiene que esperar varias semanas en los estantes del taller. "Cuando la madera pierde el agua que cargaba el árbol", nos muestra Mendoza, "[las piezas] se vuelven mucho más livianas". Sólo entonces pueden pasar a manos de los pintores.

Vestir a un alebrije

Pitao Cozobi, diosa de la 'comida abundante' en el panteón zapoteca,

vigila a los pintores desde el altar que construyeron para ella. También conocida como la deidad de "la agricultura y de las cosechas", según *Arqueología mexicana*, se le venera por sus habilidades curativas en la fertilidad. Fueron los mismos artesanos del taller quienes le dieron un lugar reverencial en la sala de pintura, donde también hay imágenes de la Virgen de Guadalupe y otros santos católicos.

El trabajo de los pintores debe de ser minucioso, con poquísimo margen de error. "Si se equivocan", explica Mendoza, "deben de quitar la pintura con cotonetes, para no estropear todo el patrón que ya habían trabajado". Especialmente, porque los patrones que hacen para los alebrijes son intrincados, de trazos muy precisos. Según la complejidad del patrón escogido, esta labor puede durar días o semanas enteras.

Éste es el paso final para que las piezas queden terminadas. Según Mendoza, el taller intenta innovar con frecuencia, por lo que recientemente están trabajando en colocar hoja de oro en los acabados de algunos alebrijes. Uno de ellos, en forma de caballo, fue un encargo especial con la crin dorada. El artesano estima que sólo ése se venda en 52 mil pesos. Hay obras que no rebasan los 700 pesos, y otras pequeñas que alcanzan los 4 mil. Todo depende de los materiales empleados, y del cliente en cuestión.

Coca Cola, Mercedes Benz, Birkenstock e incluso equipos de fútbol mexicanos le han pedido piezas exclusivas al Taller Jacobo y María Ángeles. Muchos fueron a dar a las oficinas centrales de estas empresas, o formaron parte de muestras culturales patrocinadas por ellas. Según Martín, los alebrijes que aparecen en Coco (2017), la película de Disney, fueron diseñados por sus compañeros. No sólo eso: colecciones enteras de alebrijes de su autoría han viajado alrededor del mundo, en múltiples exposiciones colectivas e individuales.

Animales de protección

La exhibición más reciente del Taller Jacobo y María Ángeles escogió como línea temática el calendario zapoteca. Los talleristas trabajaron una colección con 20 piezas, que corresponden a los animales de protección del ciclo calendárico de la cultura. "El Calendario Zapoteca se compone de 13 meses integrados por 20 días", explica la institución

en su portal oficial. “Cada día es regido por un animal, generando un ciclo que se repite mes con mes”.

Los animales de este ciclo son la iguana, coyote, tortuga, camaleón, serpiente, armadillo, venado, conejo, rana, perro, chango, búho, tlacuache, jaguar, águila, cenzontle, mariposa, caracol, pescado y colibrí, según los registros del taller. Cada uno fue exhibido en el Museo de las Culturas de Oaxaca, con base en las especies representadas en un tablón que conserva la institución.

Antes de irnos, Martín Mendoza nos pidió nuestra fecha de nacimiento, para saber cuáles eran nuestros animales protectores. Por el año, el mes y el día en el que nací, los míos son serpiente y búho. Al identificarlos, nos compartió las características de cada uno —sorprendentemente similares a nuestras personalidades. Cualquiera puede conocer los suyos escribiéndoles desde su página oficial, con la única condición de compartir su fecha de nacimiento. Luego se despidió de nosotras, y desapareció entre las especies fantásticas en el resguardo del Taller Jacobo y María Ángeles.

Cartografías del asombro

Fernando Montoya

La pregunta del *dónde* ha acompañado a la humanidad desde los albores de su conciencia. No se trata únicamente de un problema espacial o cartográfico, es también un cuestionamiento profundo sobre el lugar del ser humano en el cosmos y en la historia. En su obra "Historia del dónde. En busca de los confines del mundo", Tommaso Maccacaro, astrofísico con experiencia en organismos internacionales de investigación espacial, y Claudio M. Tartari, historiador medieval especializado en la tradición lombarda, entretejen un diálogo entre ciencia, historia y filosofía que aspira a reconstruir el itinerario intelectual mediante el cual los seres humanos han dado respuesta, siempre provisional, siempre en transformación, a la pregunta por el lugar que habitan.

Esta obra comienza en los horizontes de la protohistoria, cuando el *Homo erectus*, al levantar la vista hacia el cielo estrellado, inició la más antigua de las especulaciones: ¿qué hay más allá? La narración combina la arqueología del pensamiento humano con la historia de las técnicas de representación, subrayando cómo los mitos de creación, los sistemas cosmológicos y los primeros mapas no eran simples recursos utilitarios, sino expresiones de una ansiedad existencial por encontrar coordenadas en la vastedad de lo desconocido. De ahí que el libro no se limite a ser una historia de la cartografía ni una exposición de la astronomía, sino que se configure como una genealogía cultural del concepto mismo de espacio.

Una de las fortalezas del texto radica en su modo de relacionar la Antigüedad clásica con los procesos medievales y modernos. La figura de Eratóstenes, que calculó con notable exactitud la circunferencia de la Tierra en el siglo III a. C., aparece como símbolo de la racionalidad geométrica que convive con cosmogonías mitológicas. Maccacaro y Tartari no ocultan su fascinación por el genio griego, pero al mismo tiempo se detienen en la riqueza simbólica de los mapas T-O (*Orbis terrarum*) medievales, donde Jerusalén era el centro del mundo. De este contraste se desprende una tesis implícita: el "dónde" no solo se ha configurado mediante instrumentos científicos, sino también imaginarios religiosos y culturales que dotaban de sentido a la existencia.

La comparación entre la visión cosmológica medieval y el entendimiento científico de la Edad Moderna permite abrir un terreno de análisis crítico. Cuando Copérnico postuló el heliocentrismo y Galileo observó con su telescopio los cráteres lunares, se produjo una verdadera subversión de la noción de espacio. La Tierra dejó de ser el centro privilegiado del universo y el *dónde* se desplazó hacia coordenadas móviles. En este punto, el libro se enlaza con lo que Thomas Kuhn llamó "cambio de paradigma": no se trataba simplemente de corregir cálculos astronómicos, sino de modificar la manera entera de concebir el cosmos y, por ende, el lugar del ser humano en él.

El análisis que hacen los autores del descubrimiento de América y la expansión geográfica moderna resulta particularmente iluminador. La irrupción de un "Nuevo Mundo" amplió los confines de la cartografía medieval y obligó a una redefinición del "dónde" planetario. El espacio dejó de ser únicamente una abstracción astronómica y se volvió territorio político y económico. Aquí puede hallarse un residuo de diálogo crítico con las teorías poscoloniales, como las de Walter Mignolo o Enrique Dussel, quienes han mostrado cómo el "dónde" no es solo un problema físico, sino también una construcción de poder: ubicar al "otro" en los márgenes del mapa fue una forma de legitimar la conquista y la explotación. La lectura, aunque lúcida, se mantiene en el plano cultural y científico, dejando de lado las implicaciones éticas y políticas del descubrimiento espacial.

El capítulo dedicado a la revolución científica del siglo XVII y XVIII remite inevitablemente a Isaac Newton y a la consolidación de la idea de un universo mecanicista. El "dónde" se convirtió entonces en un escenario geométrico absoluto donde los cuerpos se movían obedeciendo leyes universales. Aquí se muestra la tensión entre una concepción del espacio como receptáculo estático y la posterior irrupción de Einstein, que lo reformula como una entidad dinámica e inseparable del tiempo. La narración consigue transmitir la magnitud de esta transformación conceptual, pero hubiera sido interesante confrontar también la visión de Newton con otras corrientes filosóficas contemporáneas, como la de Leibniz, quien concebía el espacio no como algo absoluto, sino como una relación entre cuerpos. Esa discusión, que en su tiempo fue polémica, anticipa de algún modo la relatividad general, en la que el espacio ya no es un escenario, sino una trama elástica que se deforma según la energía y la masa.

El tránsito hacia la modernidad contemporánea en la obra se narra con un tono casi poético: el descubrimiento de galaxias, la constatación de la infinitud del universo observable y el avance hacia una cosmología donde el "dónde" ya no puede definirse de manera estable. Maccacaro, desde su formación astrofísica, describe cómo las observaciones de Hubble en la década de 1920 revelaron la expansión del universo, un hallazgo que desplazó nuevamente el centro de las certezas humanas. Sin embargo, no se detiene tanto en las tensiones filosóficas que este descubrimiento suscitó. Heidegger, por ejemplo, advirtió que la expansión indefinida del cosmos no garantiza sentido, y que el "dónde" fundamental del ser humano es el "ser-en-el-mundo", irreductible a coordenadas astronómicas.



Un punto fuerte de la obra es su capacidad de mostrar la manera en la que cada avance del conocimiento amplía simultáneamente la frontera de lo desconocido. El universo observable, con sus cientos de miles de millones de galaxias, no es un cierre, sino una apertura hacia nuevas incógnitas. Aquí se percibe cierta afinidad con Karl Popper y su noción de falsacionismo: cada respuesta científica genera preguntas más complejas. Aquí el "dónde" nunca se resuelve plenamente, sino que se transforma en motor de la indagación. Esta visión dialéctica resulta inspiradora, pero también abre la posibilidad de una crítica: ¿hasta qué punto el énfasis en la expansión del conocimiento oculta los límites epistemológicos de la ciencia? Autores como Paul Feyerabend insistirían en que no existe un único método legítimo para responder a la pregunta por el lugar del hombre en el cosmos, y que los relatos alternativos

(míticos, poéticos o espirituales) poseen también un valor irreductible.

El diálogo entre mito y ciencia, presentado como una transición lineal desde las cosmogonías primitivas hasta la astrofísica moderna, se enriquecería al pensarse como una convivencia permanente. Incluso hoy, en plena era de telescopios espaciales y aceleradores de partículas, persisten narrativas simbólicas que explican el universo de formas no científicas. Mircea Eliade ya lo señalaba en "Lo sagrado y lo profano": el ser humano necesita dotar de sentido su ubicación, no solo calcularla. Si Maccacaro y Tartari hubieran explorado más a fondo esta dimensión simbólica persistente, se habría alcanzado un equilibrio aún más complejo entre racionalidad y mito.



Ilustración por Brenda Terán

Otro aspecto es la relación entre el "dónde" y el tiempo. Se aborda la relatividad como punto de inflexión, pero no explora lo suficiente cómo la noción de "dónde" depende de la temporalidad cultural. En la concepción cíclica de muchas cosmovisiones indígenas, el espacio no es un escenario absoluto, sino parte de un ritmo que se repite. Esta mirada contrasta con la linealidad progresiva que domina la narración de la historia occidental del espacio. Aquí se abre un terreno fértil para futuros diálogos entre historia de la ciencia y antropología.

El "dónde" nos abre las puertas a cuestionamientos más profundos de sus implicaciones sociales y políticas. El mapa nunca es neutral: define fronteras, legitima poderes y excluye sujetos. La geografía colonial, la cartografía del poder en la modernidad o las actuales disputas geopolíticas por el espacio exterior son ejemplos de cómo el "dónde" no solo responde a una curiosidad científica, sino a una lucha de intereses.

Esta obra permite asumirse como un testimonio del impulso humano por orientarse, no solo en la geografía, sino en el sentido mismo de la existencia. Desde las cuevas paleolíticas hasta los telescopios espaciales, lo que permanece es la necesidad de saber dónde estamos para quiénes somos. De este modo puede inferirse que la ciencia y la historia no son solo acumulaciones de datos, sino también narraciones compartidas que dan forma a nuestra experiencia en el mundo.

El "dónde" no está solo en los mapas ni en las estrellas: está en nuestra forma de mirar, de contemplar-nos, en los relatos que tejemos, en las preguntas que no cesamos de hacernos. Esta obra nos presenta un horizonte estético y filosófico: habitar el mundo no es simplemente ocupar un lugar, sino dar sentido a ese lugar mediante la narración. No importa cuántos mapas tracemos, cuántas galaxias descubramos o cuántas teorías formulemos: el "dónde" nunca será solo coordenada, sino también metáfora. Como decía Kant, el espacio es la forma de nuestra sensibilidad, pero más allá, está el misterio irreductible de la existencia. Que ese sea una gran lección: recordarnos que el "dónde" no se halla únicamente en la vastedad del cosmos, sino en el vínculo íntimo entre pensamiento y mundo, en esa búsqueda infinita donde lo humano se juega su dignidad.

Mira hacia arriba, mírala bajar

Itzayana San Germán Ceceña

Mira hacia arriba, mírala bajar, avanzar hacia ti, ahí viene y viene bailando, en línea recta al estilo Los Ángeles, no se detiene y sigue y sigue ese hilo atado a tu nariz. Viene y viene de prisa, la ves bajar lento a tu encuentro. Perspectiva. Viene trasparente y tornasol, hoy refleja azul. Y viene definida y viene temblorosa, pero no se detiene. No encuentra de donde tomarse, tú te sigues alejando, la ves, no la entiendes. Sus movimientos son fuertes, penetrantes y contundentes, pero parece neblina, se eleva, flota y embellece. No hay claridad, tampoco es necesaria, ni buscada, ni querida. Solo es ella bailando a través del salón, una vuelta inversa y dos remates a la izquierda. Baila con todos, coquetea con algunos, conecta con pocos, pero se queda solo con uno, contigo. Deja de huir. La has buscado toda la noche, la has encontrado de espaldas y al toque, erizaste la piel y expandiste las pupilas. Hace un rato que no bailas con nadie, se te acercan, te extienden la mano en invitación, apenas y niegas con la cabeza, a veces ni eso. Gotas se apresuran por tu frente, se dejan caer al agite de tus hombros que ya no siguen ni a los bongós, ni a las congas, mucho menos a los timbales. Ella te sigue esperando, mirada fulminante que se estanca a un par de metros de ti. Ya no avanzará, te toca. ¿Será la pena lo que te impide sacarla a bailar? El ritmo abandona a tu cuerpo, a tus latidos y ya no sabes quién eres, no sabes seducir sin baile. Inhalas hondo, jalas valentía del aire, pesa y cuesta respirar. La sangre también baila y pica como la misma salsa, sigue un ritmo que tú no marcas. Un pie delante del otro, memoria muscular y un tiempo perdido. Te atreves, abres paso entre los cuerpos danzantes, no dejas de verla. El deseo arde, quema hacia adentro, derrite y fusiona, la piel solo evapora los suspiros de ayuda que no serán oídos. Las bocinas sin ecualizar ensordecen la velocidad del corazón, ya no se detiene, tus pasos tampoco. La encuentras, mano izquierda con su mano derecha, su omoplato desnudo y tu mano derecha, se encuentran y duele. En la mirada ella entiende, se acerca. Un beso salpicado de blanco, un beso salpicado de baile y la música se desvanece y el latir desaparece.

Ilustración por Brenda Terán

Miró

Tex

El árbol otra vez.
De espaldas, la nube.
Al fondo, una piedra de alas
olvida que es ave
y se diseca en el aire.
Al pie de sus raíces sordas
la incertidumbre aletea:
se humedece la luz y se hace mariposa.

La vista se desata entonces
como un incendio
de agua sobre el lienzo.
Resbala en llamas la memoria
de otro bosque,
tal vez el mismo río,
pero nada que vuele:
en la sombra ambigua de esa rama
arde una ardilla.

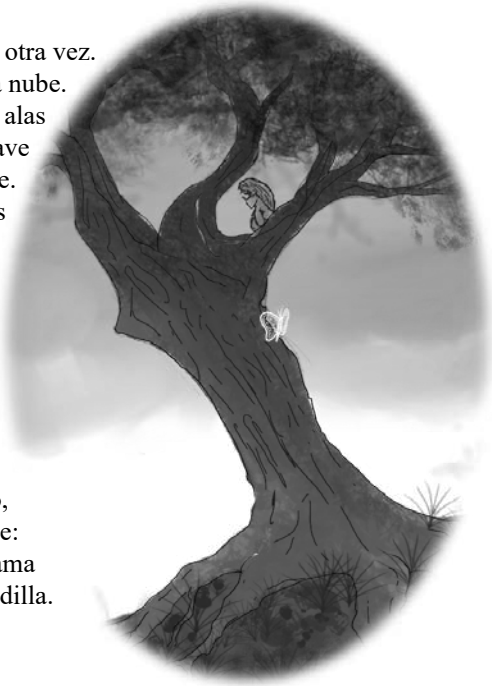


Ilustración por Max Adame

Salida

Juan Antonio Rosado Z

El tedio y la soledad me hicieron ir. ¿Qué podía perder? Beto me convenció y fuimos juntos. Nunca olvidaré esa noche. Desde las escaleras, la música percutía con intensidad paredes y piso. Quizá por eso tardaron en abrirnos. Tocamos con insistencia hasta que alguien entornó la puerta y pasamos. Sobre el diván, una joven semidesnuda, con las piernas abiertas, lucía la piel blanca, lechosa, llena de tatuajes y cicatrices; el cabello negro, rizado, hecho un lío. Apenas nos acuchilló con la mirada, hizo un gesto de repugnancia y se recostó de lado. Parecía sumergida en un mal viaje.

—¿Por qué no le llegas, güey? —le pregunté a mi amigo con malicia.

—No jodas—Me miró de reojo, de arriba a abajo, como si viera a un bicho.

—Llégale tú, collón —exclamó Roxana arrastrando la lengua. Su aliento alcohólico me produjo un leve mareo.

—¡Pero qué te pasa! ¿No le ves la panza? ¡Toda llena de...!

Por la puerta del fondo, irrumpió una cara descompuesta y ojerosa, con grandes lentes cuadrados. Era Carlos que sostenía un vaso en la mano derecha. Se veía muy borracho. Al mirarnos, gritó:

—Pasen, pasen, imbéciles, no se queden ahí.

—¿Cómo te la estás pasando, viejo? —le pregunté—. ¡Muchas felicidades!

—Ya ves... —Bajó la mirada y enchuecó la boca, como asqueado.

No había casi muebles en la penumbra del departamento, que de un momento a otro adquirió un aire perturbador. El pesado ambiente me envolvía como manto pegajoso. Por un instante, me pareció que la tatuada era la única persona. No era así: cerca de ella, un hombre se inyectaba. La jeringa se teñía lentamente de sangre mientras la música disminuía su volumen. En una esquina, dos lesbianas se quitaban las blusas en medio de un largo beso de lengua. Una pareja desaliñada, aún con la ropa puesta, hacía el amor en una esquina: ella sobre él.

—¡Ya pongan algo pa'bailar, carajo! —exclamó Carlos manoteando con su vaso—. ¿Qué toman? —Con el brusco movimiento derramó un poco de líquido.

—Vodka.

En la medida en que la gente llegaba, la atmósfera se tornaba cada vez más densa. Entre los nuevos invitados, reconocí a Ricardo, el *dealer* del colegio. Como mis amigos se habían unido a la orgía de la cocina, yo estaba solo y Ricardo me ofreció un poco de marihuana.

—¿Cómo estás, cabrón? —me preguntó con su voz femenina.

—Con líos, como siempre... Ya no fumo, gracias.

—¿De veras? No seas fresa, güe. Al rato se va a poner chido el asunto. Va a venir Noemí con su chavo. Dijeron que iban a traer unas colas di-vi-nas. Oye, te ves bien sin rasurar.

—Gracias, Rich... Mira, estuve muy jodido de las vías respiratorias. Si traes pastel de mota, me como un pedazo, pero cero humo, en serio.

—Tú te lo pierdes. ¿Y ese suéter es nuevo? Chido el dibujito de calaca.

—Gracias, Rich, yo lo...

Un alarido nos hizo callar.

—Ay, güey, ¿qué fue eso?

—Algún orgasmo, seguro.

—No, pendejo, vamos a ver.

La voz de Carlos resonó de nuevo, acaparando el entorno:

—¡Atención, hijos de puta!



Todos callaron. El volumen de la música disminuyó. Sentado sobre la barda del balcón, tras la puerta corrediza de la sala, nuestro amigo parecía lleno de sarcasmo bajo la luna en cuarto menguante y la casi total oscuridad de la calle. Había dejado su vaso y sus anteojos sobre el piso. La voz aguardentosa y el constante balanceo nos hicieron temblar de miedo.

—¡No te vayas a caer, Charly! ¡No todos los días se cumplen treinta años!

—¡Ven, regresa! ¡La barda se ve floja!
—¡Sí, Carlitos, la acaban de arreglar! ¡El cemento parece fresco!
—¡Yo'oy por unas chelas! —gritó Carlos—. Bola de pendejjjitos...
—Es muy tarde, mi Charly. Nada está abierto...
—¡No soy tuyo ni de nadie! ¡Soy mío, mío, mío! Y voy po'unas chelas a la ven-tanita de la esquina, culeros.


Ilustración por Juan Pablo Mena

—¡Ey, la salida es por acá! ¡Son dos pisos! ¡Cuidado!

Nadie quería acercarse a él. Acaso pensábamos que podríamos ponerlo nervioso, pero extendimos nuestros brazos y casi lo tocábamos, como queriendo detenerlo o traerlo de vuelta a la realidad. Había perdido a sus padres unos meses atrás; poco antes, su pareja lo había abandonado. Lo de sus papás fue terrible. Al parecer, la señora mató al tipo en un ataque de celos y luego se suicidó. Por lo menos así me lo contaron. No sé, pero desde entonces la amargura, el pesimismo lo recorrían de pies a cabeza, pese a sus amigos. No tenía a nadie más.

—¡No seas güey, Carlitos! ¡Te puedes caer! ¡Ven! Tus lentes... Tómalos.

Dos personas reaccionaron y fueron a traerlo.

—¡Ahora'engo, cabrrrones! ¡Púdranse! Ahora'engo, ¿eh?

—¡Cuidado, Carlos!

Demasiado tarde. Se fue de cabeza. Un tremendo golpe seco se escuchó con claridad. El mundo seguía girando.

—¡Apeguen eso! —gritó alguien— ¡Quiten la música!

El silencio aplastante nos estremeció y la palidez se instaló por doquier, en cada semblante. Los invitados se pusieron la primera prenda que encontraron.

—¡Ey, deja mis calzones, Sergio! —gritó Roxana.
—¡Apúrense!
—¡No encuentro mi brasier!

—Déjalo. Hay que llamar a una ambulancia.

—¡Eres un cerdo, Pedro! ¡Toma tus pinches calzones!

—¡Yo quiero mi ropa! ¡Algún estúpido se la puso!

—¡Carajo! ¡Este pinche calzón tiene una toallita pegada! ¡Qué asco!

Los que estábamos ya listos bajamos a ver qué le había ocurrido al anfitrión. La tatuada seguía en el diván, inconsciente. Nadie le hizo caso. Al llegar, ya había vecinos que rodeaban al pobre hombre. Nosotros tratamos de hacerlo reaccionar.

—¿Está muerto? —preguntó Ricardo.

—No sé —respondí—. Parece que no se golpeó la cabeza. No sé, no sé.

—¿Voy por chelas o llamas a una ambulancia? —Nunca hubiera preguntado eso el Rich. Un vecino se le quedó mirando con odio.

Pero entonces, Carlos abrió los ojos. Su mirada nublada estaba perdida.

—Mejor ve por chelas, güe —dijo con lentitud— Ya estuvo suave.

—¿Qué? ¿El cemento?

—¿Qué otra cosa?

Aquella noche se murieron, aunque tan sólo por un tiempo, mi tedio y mi soledad, a costa del tedio y de la soledad de otro. Me retiré en cuanto pude, sin despedirme de nadie, sin hacer ruido. Solo me escabullí. Quienes permanecieron allí se metieron en un grave problema. Nunca pudieron dar conmigo y supongo que jamás perdonaron mi huida. Tal vez sigo siendo uno de los sospechosos.

El sonido de las lechuzas

Raúl Sanz

El padre Severo llegó una mañana de mayo. El bosque circundante lo recibió con una tenue brisa que anunciaba un posible temporal. Era un lugar de casas de madera envejecida, casi podrida, y los caminos polvorientos abrían los susurros del viento que traían consigo secretos de otros tiempos. Al fondo, la pequeña iglesia, vencida sobre sus cimientos, se asomaba temerosa como un guardián silencioso y cansado.



A primera instancia, el sitio le pareció demasiado tranquilo, pero pronto reparó en las inquietudes que se removían nerviosas en las lenguas de los lugareños. Los perros del pueblo, los de las calles y también los de los hogares, habían desaparecido. El sacerdote inició una búsqueda exhaustiva en las profundidades del bosque, culpando del hecho a alguna manada de lobos hambrientos. Pero ni un rastro halló.

Al paso de las semanas, Severo cogió un afecto especial por Tadeo, un niño demasiado vivo, y con una sonrisa tan desordenada y grande que podía alegrar hasta las almas más impenetrables. Se pasaban horas hablando, y en esos intercambios Tadeo le contaba las historias que guardaba el bosque, aquellas que se habían colado a través de muchas generaciones. El sacerdote siempre sonreía incrédulo.

Una noche, mientras Severo se preparaba para dormir, un sonido extraño le arrancó el escepticismo. El ruido era semejante al de pequeños objetos redondos, corriendo y atravesando, una y otra vez, el techo de la iglesia. Parecían canicas rodando. Con el corazón acelerado,

Ilustración por Max Adame

se levantó y miró por la ventana. El ruido se extinguió. Apenas vio las siluetas del bosque, y lo único que escuchó fue el ulular de las lechuzas como un lamento distante.

Los paseos rutinarios por el bosque se le convirtieron en afición, y fue en un atardecer, húmedo y callado, que vislumbró una figura femenina. Era alta y esbelta, con un cuerpo torcido y ominoso que dejaba ver las carnes como fiambres, pues no llevaba prenda alguna. Un movimiento de cabeza, rápido y certero detectó la presencia del sacerdote. Sus ojos negros y sin vida parecían perforar la distancia que los separaba, y una sensación de hielo cortante se apoderó de él. Antes de que pudiera definir si quería acercarse o huir, la figura se desvaneció.

Los ululares de las lechuzas se hicieron cada vez más fuertes y persistentes, y los niños del pueblo comenzaron a enfermar. Severo, en su desesperación, pasaba las noches rezando por una respuesta; y así, en el seno de una madrugada, un grito desgarrador le rompió el corazón. Corrió hacia la casa de Tadeo, y quedó paralizado ante una visión horrenda: en el techo, dos brujas devoraban al niño, riendo con una malignidad que congelaba la sangre. La escena era vomitiva, con las brujas tocándose lascivamente mientras consumían su festín.

Uno a uno, los niños del pueblo sucumbieron a una fuerza perversa que Severo no podía comprender y mucho menos detener. La impotencia y la aversión lo llevaron a abandonar el sacerdocio y huir del lugar. Encontró refugio en una ciudad lejana, donde nadie conocía su pasado ni lo que había presenciado. Formó una familia y trató de olvidar, aunque los recuerdos lo acechaban en la oscuridad.

Años después, Severo, convertido en un hombre de familia, dormía religiosamente junto a su hijo pequeño. Pero en las noches más silenciosas, cuando el viento murmuraba entre las grietas de su hogar, volvía a escuchar el inquietante ruido de las canicas rodando sobre el techo. Y, ocasionalmente, en el rumor de la noche, el sonido de las lechuzas resonaba nuevamente; incluso le parecía que, por instantes, aquel sonido funesto se asemejaba a una risa burlona y macabra. En esos momentos abrazaba a su hijo con más fuerza, dotándolo de una falsa protección contra las irremediables tinieblas que ya antes habían destruido su fe.

Sueños lúcidos

Susana Corcuera

Lo practicaba distraída, más por compromiso con su amiga que por convicción. Tú que sueñas tanto, deberías incursionar en los sueños lúcidos, insistía. Sólo tienes que observar tus manos cuando te acuerdes y contar los dedos de cada una por separado. Cinco y cinco. Y cuando tengas la duda de si estás en un sueño, los vuelves a contar. Los que saben de esto aseguran que en ellos nunca tienes cinco, le explica. Y ella, obediente, contaba. En el parque mientras los niños jugaban, a la salida de la escuela o cuando no tenía nada mejor que hacer.



Ilustración por Brenda Terán

No tuvo tiempo de desesperarse. Al poco tiempo, soñó que estaba en una guerra. Había fuego por todas partes y ningún lugar donde esconderse. Las bombas no daban tregua. Alzó la vista para ver a los aviones que las arrojaban y lo que vio le quitó el aliento. Por el cielo claro, de un azul intenso, se deslizaban delgadas nubes etéreas. Nada rompía la belleza del espectáculo. El mundo se volvió silencioso, como si él también contemplara. Debe ser un sueño, murmuró, y se miró una mano. Tenía seis dedos. Puedo hacer lo que quiera entonces, pensó. Pero… ¿qué haría? Los sueños, lúcidos o no, cuentan su propia historia.

Le dio vergüenza confesárselo a su amiga; seguro ella habría aprendido a volar o conocería el fondo del mar. Lo mejor sería olvidar el asunto. Sin embargo, la puerta se había abierto. Unos días después,

soñó que estaba en la casa de su infancia. Subió a la azotea y se asomó a las caballerizas, luego recorrió las habitaciones, sabiendo en cada paso que estaba soñando. Sólo por instinto, se contó los dedos. Cinco en una mano, cinco en la otra. Imposible. La nana que la cuidaba de niña se acercó a ella y le enseñó los suyos, idénticos a los de sus recuerdos… con la diferencia de que eran doce. En los sueños nadie tiene los mismos que en la otra vida, le explicó su nana, es raro que tú seas la excepción. En ese momento, un temblor de tierra la obligó a regresar al mundo de la vigilia.

Desde entonces, se ha vuelto obsesiva; la intensidad con que se cuenta los dedos una y otra vez preocupa a su familia. Ha adelgazado y su mirada es la de alguien que empieza a perder la razón. Sólo ella sabe que encontró el portal entre la vida y la muerte.

El mejor libro del mundo

Yamil Narchi Sadek

Dicen que en esta biblioteca hay un estante perdido donde descansa el volumen titulado *El mejor libro del mundo*. Aquellos que lo llegan a leer relatan la intensidad con la que sintieron la trama, cómo rieron, temblaron y lloraron. No aciertan en decir si la lectura fue breve o extensa, ardua o sencilla. Nadie recuerda con precisión los detalles de la trama. Cuando se han cotejado sus testimonios, unos elogian al protagonista, otros a la protagonista, otros al pueblo que funge como personaje principal. Muchos aluden a lo interesante que es que no tenga género. Algunos más los desprecian. Son disímbolas las cavitaciones sobre su simbolismo, la importancia de su cualidad bucólica o lo extremo de su especulación futurista. Lo que todos recuerdan sin falta son el descenso al inframundo y la estupenda fiesta del final. Dicen que después de leerlo, nunca fueron las mismas personas, que sus vidas cobraron sentido, tomaron rumbo, y que desde entonces se sienten plenos. Han cumplido sus sueños y alcanzado un estado de paz envidiable.

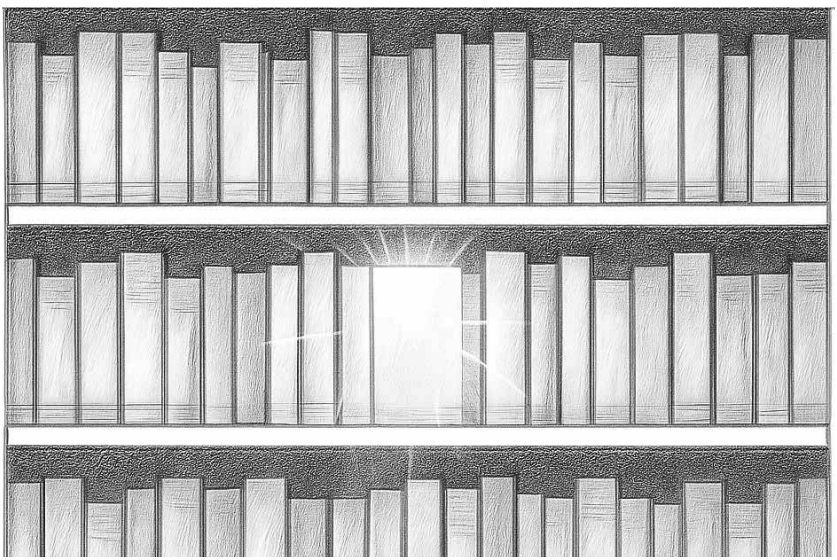


Ilustración por Juan Pablo Mena

adoro
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

PILATES
NUEVO ESTUDIO



Síguenos y
reserva tu clase



El sustento de todo el maíz, Ignacio Navarro



Sin título, Irina Tall



Entre pecados y dulces, Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz



Sin título, Santiago Hoyos



Pidiéndole a todos los santos, Charly Baz



Un viaje, metro u hongos, Ignacio Navarro

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Explosión frutal

Mónica Iglesias

Mi pueblo es como una guanábana, inesperadamente explosivo. Difícil compararlo, como cuando pruebas la naranja por primera vez y dices que sabe a lima, pero con poquita azúcar, o pruebas el mamey y te acuerdas de la papaya. Así es el pedacito de tierra que me brotó al mundo. Mi madre sigue acá, pero sus siete retoños, (como ellas nos llaman) andamos probando, desde la *Big Apple*, hasta la tierra de los lychees. En Guanábana, parece que nunca pasa algo, y yo a veces me la creo después de doce años de no volver. Y aquí somos, mamá y tías, en la sobremesa de doce años resumidos entre el estofado, el queso de poro y los tamales de chaya. Unas cuadras, aquí derecho, el malecón esperándome, con su brazo ancho y dorado que me cobija, hasta que el sol se esconde detrás de esa monstruosa belleza, el Usumacinta, explotando, inesperadamente.



Ilustración por Brenda Terán

Dromos Nogadictos (Gnomos drogadictos)

Nawy

Me llamo Rubencio, tengo 52 años y vivo en la esquina de Av. Orquídea y Lavanda. Imaginen unas casas de Champiñones, con ventanales altos y claros; yo vivo recogiendo la basura de esas bellas casas para poder sobrevivir otro día. Supongo que es algo normal en estos tiempos. Considero que esto es lo que me merezco por todo lo que hice en mi vida. Todo empezó en la Secundaria de Gnomos. Realmente me encantaba estudiar. Estaba completamente seguro de que en el futuro sería un reconocido cirujano. Es lo que me había dicho la vidente de la comunidad. Estaba tranquilo porque creía que tenía mi vida resuelta. Durante la secundaria conocí a Violeta, el amor de mi vida. Compartimos salón durante años, pero nunca nos acercamos. No culpo a Violeta por todo lo que sucedió, pero en verdad, si no la hubiera conocido por tanto tiempo, las cosas habrían sido diferentes.

Los años pasaron y entré a la Universidad Autónoma de Gnomos (UAGN) para sorpresa de nadie Violeta entró conmigo, los dos buscando ser doctores. Al ver que teníamos tantas cosas en común, comenzamos a platicar y nos unimos bastante. En esos años se había descubierto un nuevo mineral. Los científicos dijeron que podría ser un avance muy importante para la medicina, por lo que muchos compañeros de la facultad tuvieron un interés inmediato en este cristal extraño. Lo que se decía acerca de esta extraña roca era que podía ampliar tu consciencia, permitiéndote experimentar diferentes realidades y conectar contigo mismo un nivel espiritual.

No pasó mucho tiempo para que la "FeLiNa" llegara a los pasillos de la UAGN. Muchos compañeros e incluso algunos docentes la probaron. Para algunos fue una experiencia agradable y para otros fue la peor experiencia de su vida entera. Violeta, para ese momento, mi mejor amiga. Me propuso en una cuantas ocasiones probarla, pero siempre me negaba. Recuerdo que el día que me rendí era miércoles. Esto no tiene nada de importancia, pero por alguna razón es un dato que no escapa de mi cabeza.

Violeta comenzó a presionarme para probarla, ya que ella quería que su primer viaje fuera a mi lado. Los comentarios sobre el tiempo

que tenemos de conocernos salieron a la luz, provocando que cayera en la presión social. Acepté. Violeta sacó una bolsa transparente con dos pequeños cristales azules. Brillaban de una manera muy peculiar, como si estuvieran llamando. Ese maldito brillo, ese puto brillo que me terminó por completo. Violeta, irónicamente, sacó una pipa de color violeta, colocó uno de los cristales en la base y lo prendió con una vela. El cristal comenzó a brillar tan fuerte como una estrella, y en cuestión de segundos se pulverizó. Violeta sacó una nube de humo tan grande como las chimeneas en la fábrica de galletas en el pueblo. Sus ojos se volvieron azules por completo y con la voz más relajada de la historia dijo: "Te toca, Rubecito". Coloqué el cristal en la pipa y tomé la vela, respiré profundo esperando que no estuviera haciendo alguna pendejada.

En el momento en el que le di el jalón mi vista se nubló, todo se tornó azul y mil voces comenzaron a sonar en mi oído. Me empecé a marear. Todo se veía ondulado, como si unas olas del mar estuvieran moviéndose en mis ojos constantemente. La voz de Violeta comenzó a distorsionarse, al punto de parecer la voz de un ogro. Empezaron a aparecer imágenes en mi mente. No lograba entenderlas al principio. Poco a poco mis ojos se fueron adaptando a lo que mi cerebro estaba imaginando. Por alguna razón la muerte de Violeta era una imagen que se repetía enfrente de mí. Podía ver cómo Violeta era asesinada por un asaltante al negarle sus pertenencias. El viaje bajó y me sentí bastante bien. Todas aquellas imágenes habían salido de mi mente y lograba disfrutar la música que estaba sonando a lo lejos. El cuarto se veía extrañamente enorme, con proporciones surreales que no logro explicar. Los efectos fueron bajando y nos quedamos dormidos en el sillón de su cuarto.

Tres días después, acompañé a Violeta a su casa. En el camino, un gnomo con una cuestionable pero familiar vestimenta se acercó a nosotros, mostrando un largo cuchillo y pidiendo nuestras pertenencias. Esta era la imagen que se había repetido en mi viaje una y otra vez. En cuando tomó a Violeta por el hombro, lancé un golpe, fracturando su nariz en tres diferentes direc-



Ilustración por Brenda Terán

ciones. Instantáneamente Violeta me besó y me declaró su amor. Ella estaba sorprendida por mi reacción, pero yo no podía dejar de pensar en la visión que tuve, la cual había predicho el futuro. Desde ese día comenzó mi relación con Vio.

Empecé a consumir FeLiNa todas las semanas, para ver si podía predecir el futuro en alguno de mis viajes. Todas las personas cercanas se comenzaron a preocupar por mi salud ya que me encerraba mucho. Las visiones que me producía comenzaron a volverme un desastre. Desconfiaba de absolutamente todos, pensando que el mundo en el que vivimos es falso. Mi consumo aumentó a uso diario. Concluí mi carrera y nadie sospechaba nada sobre mí. Para todos los gnomos era el doctor de confianza, bonachón y alegre; en la profundidad, era la persona más desconfiada, con miedo a toda la sociedad y creando conspiraciones en silencio.

Violeta me había amenazado en múltiples ocasiones que me abandonaría si no dejaba la FeLiNa. No creía que ese día llegaría, pero en un mal viaje me puse excesivamente violento por la visión que estaba teniendo. Al despertar, Violeta se había ido. Perdí mi licencia, mi trabajo, mi vida y al amor de mi vida. Tenía una ansiedad por no estar presenciando aquellas visiones que me hacían salir por completo de mis casillas. Llevo 18 años viviendo en esta esquina, comiendo de los desperdicios de otros, rogando por no morir y aferrado a la decisión de no volver a tocar ese puto mineral en mi vida.

Adiós

Simona Galdina

Hoy ya hace un mes que se llevaron a Cenobio. Desde entonces, mamá ha empeorado. Desde entonces, la gente ya no sale a la calle. Desde entonces, el único ruido que ronda es el del viento fuerte que se cuela entre las paredes agujeradas, entre los árboles quemados, y entre mí, pues desde aquella vez, mi ser está hueco, está perforado, incompleto.

Las camionetas entraron a toda prisa, en procesión, una tras otra, ocho en total. Hombres con armas, ropas blindadas y caras cubiertas con esos pasamontañas que aquí se usan para taparse del frío, pero que ellos traían para no dar el semblante, para no dejarnos saber quiénes eran, para pasar desapercibidos, para que, si uno los ve por ahí, no los reconozca y no les pregunten por sus padres, por sus hijos, por sus hermanos.

Yo lo vi todo desde aquí, desde este tetele alto en la salida del pueblo, acá en la loma viuda, acá donde recojo la palma seca que está buena, esa que es correosa y no se raja tan fácil. Vi cuando llegaron a la plaza: ¡pum!, le dispararon al presidente auxiliar; ¡pum!, a la comuna de vigilancia; ¡pum!, y hasta a unos perros que estaban echados afuera de la presidencia. Vi cuando entraron puerta tras puerta, sacando a todos los señores, jóvenes, muchachas, y hasta niños y niñas. Agarré mi machete y me fui corriendo a la casa, mas al llegar solo encontré a mi madre en el suelo, con el pelo enmarañado, con las ropas sucias y desechas, con los brazos raspados y las rodillas ensangrentadas, con el alma partida y el corazón herido… «Se lo llevaron, Chano… se llevaron a mi Cenobio… se llevaron a tu hermanito», dijo ella, jadeando por la tosferina.

Nadie salió desde entonces. Todos se encerraron detrás de sus paredes, detrás de sus corrales, en sus jacales, en sus negocios, en su pena y en su dolor… en nuestro dolor. Es la fecha que aún me pregunto si hubiera podido salvarlo. Quizás si me hubiera dado cuenta antes, quizás hubiera llegado justo a tiempo, quizás hubiera podido machetear a uno que otro de ellos, quizás me hubieran disparado, quizás hubiera muerto, quizás no estaría sufriendo entonces. Pero no fue así. Se lo llevaron… se llevaron a mi hermanito.

Cenobio estudiaba enfermería en el bachillerato. Siempre quiso ser médico para curar a mamá. Cenobio solía asustarse cada que la oía tener uno de sus tan recurrentes ataques de tos. Él se le pegaba y la abrazaba fuerte hasta que mamá recuperaba el aire; después lloraba y le decía: «No quiero que te mueras, mamá. Yo te voy a curar, vas a ver que yo te voy a curar cuando sea grande». Mamá solo sonreía y le picaba las costillas para que Cenobio riera y se le pasara la lloradera.

Cuando Cenobio cumplió quince, nuestra madre empeoró. No podía hablar mucho ni estar mucho tiempo parada ni acostada sin que un ataque de tos la sobrecogiera. A partir de allí, se quedaba sentada en la cama todo el día. Yo la cuidaba en las mañanas hasta que Cenobio regresaba de la escuela; después él se encargaba de ella mientras yo me iba al monte a recoger palma para vender. Regresaba por las noches y cenábamos lo que hubiera conseguido. Así fue por varias semanas hasta ya hace un mes.

La mañana de hoy, mamá me dijo que me fuera a buscar a mi hermano. Yo me negué, pero ella insistió: «Chanito, tú sabes que yo ya estoy más pa'llá que pa'cá. Ándale, vete a por tu hermano, vete, déjame con la esperanza de ver a mi hijo otra vez. Verás que eso me mantendrá fuerte. No me voy a morir sin verlo otra vez. Vete y tráeme a Cenobio, a tu hermano… tráeme a mi chamaco».

Él nunca debió de irse. Yo debí de haber sido quien se fuera. Yo no tengo provecho. Yo nunca serví. No pude ni defender a mi hermano pequeño. No puedo ni cuidar a mamá. No puedo con esta vida que se me escapa de tanto en tanto. No puedo, y soy tan débil, y soy tan frágil, y soy tan tonto, y mucho más y mucho menos, mucho, muchísimo menos sin él, él que ya se ha ido… y ahora solo quedan los lamentos que se me escapan con el de otras familias, pero el viento me los devuelve y con más fuerza mientras camino por esta misma loma viuda en búsqueda de ellos, con la esperanza de mi madre y con los anhelos de todo un pueblo, en busca de ellos, en busca de él, él que se fue sin querer, él que se fue sin decir adiós.

La hora azul

Paola Castillo Spindola

Abro los ojos, todo está entintado con un aura azul que precede al amanecer, el sol está por brindarnos su primer abrazo.

A mi alrededor todo está inmóvil, los objetos son perfectamente definibles, aún en esta rara luz, quietos, esperando que la actividad diaria les dé vida. Los sonidos están ausentes, la habitación está impasible, silenciosa. Acostumbrándose a la escasa luz, mi mirada va identificando todo a su alrededor, a mi mente llega Saramago:

"...a la espera, como siempre están las cosas, todas ellas, que de eso no pueden escapar, es la fatalidad que las gobierna, parece que forma parte de su invencible naturaleza de cosas".

¿Por qué estoy despierto, qué fue lo que me hizo salir de mi sueño?

Me incorporo y descubro junto a mí una silueta, sigo sus hermosas curvas, su piel se ha fugado de la sábana, descubriendo su desnudez acentuada por el azul de la luz que nos baña desde la ventana.

Mis ojos recorren lentamente el bello espectáculo, comienzan por sus torneadas piernas, su abdomen y esas líneas que marcan el ascenso desde el pubis... todo en él está en reposo, en absoluto silencio. Sin embargo, mi memoria interrumpe esa calma, evocando nuestra primera noche, en la que intencionadamente llegaste hasta mis sábanas, penetrando mis sentidos y mi alma con tu piel.

Mientras sigo recorriéndolo con la mirada, encuentro porque estoy despierto, es imposible conciliar el sueño, mis sentidos están alerta, tu aroma inunda la habitación, no puedo sacar de mi mente tus labios, mientras besabas mi pecho con autoritaria rebeldía, recorriéndome a tu gusto, adueñándote del espacio y del tiempo.

Sigues dormido, tu rostro es hermoso, apacible, se dibuja una ligerísima sonrisa. Una corriente eléctrica me inunda, mi mirada encuentra tu rostro, despiertas, siento el calor de tu cuerpo a centímetros de mí, comenzamos esta danza de placer sin fin, entregándonos en lo profundo de la hipnotizante hora azul que nos rodea.



Ilustración por Diana Sánchez Trejo

Como si nada hubiera sucedido

Eduardo Diego

Alberto y Luciana llevaban 37 años de casados, no exactamente felices.

Cuatro hijos y dos nietos después, él salió a comprar unos puros.

—Vieja, voy a comprar unos puros al rato vuelvo.

—¿De verás Alberto? ¡No nos alcanza ni para comer y tú te largas por unos puros!

—Pues sí, pero vuelvo al rato, tu tranquila, siempre te quejas de todo.

—Salió por la puerta de madera y la azotó, como siempre.

Pasaron 11 años y nadie sabía nada de Alberto, ni familia, ni amigos, ni la policía. Luciana al principio estaba preocupada, con los años, enojada y con el paso del tiempo, indiferente.

Un martes a las nueve de la mañana, sonó el timbre varias veces y luego tocaron la puerta con fuerza.

Luciana fue a la puerta, asustada, había cogido el cuchillo grande de la cocina por si se ofrecía.

— ¿Quién es? –preguntó.

Del otro lado del tiempo y 11 años después

— Soy yo, ya vine.

Luciana abrió, completamente atónita.

Era Alberto por supuesto, que venía de comprar sus puros.

—¿Y tus puros Alberto?

—Ah, no encontré los que me gustan.

—¿Qué hay de desayunar?

No dijo nada más, ni siquiera saludó y le dio la espalda a Luciana para ir al comedor.

Alberto y Luciana llevaban 37 años de casados, no exactamente felices.

Cuatro hijos y dos nietos después, él salió a comprar unos puros.

—Vieja, voy a comprar unos puros al rato vuelvo.

—¿De verás Alberto? ¡No nos alcanza ni para comer y tú te largas por unos puros!

—Pues sí, pero vuelvo al rato, tu tranquila, siempre te quejas de todo.

—Salió por la puerta de madera y la azotó, como siempre.

Pasaron 11 años y nadie sabía nada de Alberto, ni familia, ni amigos, ni la policía. Luciana al principio estaba preocupada, con los años, enojada y con el paso del tiempo, indiferente.

Un martes a las nueve de la mañana, sonó el timbre varias veces y luego tocaron la puerta con fuerza.

Luciana fue a la puerta, asustada, había cogido el cuchillo grande de la cocina por si se ofrecía.

— ¿Quién es? –preguntó.

Del otro lado del tiempo y 11 años después

— Soy yo, ya vine.

Luciana abrió, completamente atónita.

Era Alberto por supuesto, que venía de comprar sus puros.

—¿Y tus puros Alberto?

—Ah, no encontré los que me gustan.

—¿Qué hay de desayunar?

No dijo nada más, ni siquiera saludó y le dio la espalda a Luciana para ir al comedor.

Dos días después la desconsolada viuda declaraba a la prensa que encontró a su marido perdido, muerto de una cuchillada en la espalda, afuera de su casa.

Por fin pudo cobrar el seguro de vida ahora que habían encontrado al desaparecido.

Cinco millones de pesos después, la viuda estaba tranquila y feliz.

COMO SI NADA HUBIERA SUCEDIDO.

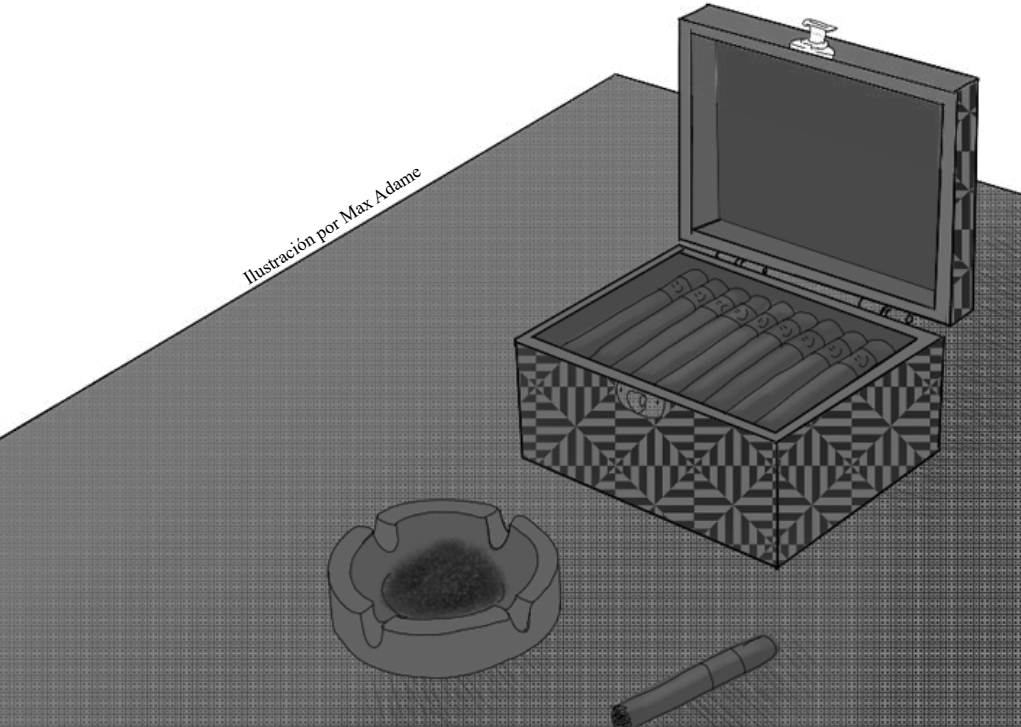


Ilustración por Max Adame

Mi primera vez

Montserrat López Ramírez

Era todo lo que una chica podía soñar o al menos, lo que yo podía soñar.

Me encontraba inquieta, tocando la mesa del restaurante con mi dedo anular, mientras mi otra mano revisaba el platillo del día.

Levanté mis ojos cafés buscando su mirada y encontrándome con un semblante sereno, nada que ver con el mío.

Respiré hondo, era algo nuevo para mí y quizá, para él también. Nos miramos por un rato, sin hablar, y yo por momentos, sin respirar.

Era una cobarde, había esperado su regreso por semanas como una chiquilla, y cada que pensaba en él, mi corazón palpitaba con fuerza y el aire para mis pulmones no era suficiente, me sentía hechizada por él, porque yo era suya y él, quizás no era tan mío, pero en este momento, sentía que lo habían hecho para mí y solo para mí.

Volví a levantar mi mirada y ahí estaba, viéndome.

Quería hacerlo ya, arrancarle lo que llevaba puesto y tirarlo ahí, no me importaba si los meseros me veían, quería tomarlo ahí, tomarlo con mis manos y estrujarlo con fuerza, tomarlo con mis ojos y que solo mis ojos lo vieran a él, quería susurrarle todo o quizás gritarle todo.

Mordí mi labio, sentí el sabor a hierro, pero poco me importó.

Mis manos se volvieron a su cuerpo, ya no me importó.

Le arranqué lo que llevaba puesto y me sentí viva, casi como si algo llenara un vacío en mi pecho.

Lo tomé entre mis brazos y lo olí, olía a hogar, a tranquilidad, a amor.

Abrí su cuerpo, sus hojas llenas de palabras me recibieron y por una vez más, olí su esencia, hundiendo mi nariz entre su lomo nuevo, ya sin el asqueroso plástico que llevaba puesto.

Y bajo las miradas extrañadas de los meseros, entendí el porqué, el abrir un libro nuevo era un acto tan íntimo.



Ilustración por Diana Sánchez

La calma sucia de Izazaga

Manuel Jorge Carreón Perea

Mira el reloj y son las tres de la mañana. A esa hora su abuela se despierta a rezar porque en ese momento nadie reza y es cuando "el adversario" (así le dice la vieja) puede hacer daño. No puede fumar en el cuarto que renta en el Hotel Virreyes desde hace tres meses, porque es más barato que un departamento o un Airbnb. La mayoría de las habitaciones están ocupadas por estudiantes de la Universidad del Claustro de Sor Juana y algunos oficinistas como ella –detesta la palabra burócrata, siente que la denigra– los cuales, también como ella, no rebasan los 30 años. Entra a las nueve a la oficina, así que puede volver a dormir varias horas. Esta idea hace que baje a fumar un cigarro. Saluda al recepcionista, Juvenal, y le pide cerillos para encender el Marlboro azul que trae en su mano derecha. Con la primera bocanada aspira y saborea el sabor del fósforo. Mira la avenida Izazaga y la esquina que hace con Eje Central, casi vacía a excepción de unos cuantos carros que rebasan el límite de velocidad. Afuera de la Capilla de la Inmaculada Concepción de María un hombre camina. La ve y hace como que se va a cruzar, pero ella da un último golpe al cigarro y tira la colilla que rueda hasta caer por la banqueta a la calle. Regresa y duerme tranquila, con la paz que solo los cigarrillos proporcionan.

Despierta con el sonido de la alarma de su teléfono que es la alerta sísmica. Un exnovio le dijo que la mejor forma de arruinar una canción es poniéndola como sonido del despertador. Ella odia el sonido de la alerta sísmica, así que le parece bien despertarse así. Son las 7:30 de la mañana. Toma una ducha, se maquilla y viste mientras las noticias se escuchan de fondo. El tema promocional del noticiero es el levantamiento armado de una comunidad en Chiapas, que hace recordar el del EZLN en 1994. En ese entonces aún no nacía, pero en la universidad leyó mucho sobre el levantamiento. Su tía decía que el Subcomandante Marcos era su novio y ella sentía celos, envidia o algo parecido porque el de su mamá era Chayanne.

Una de las ventajas de vivir en el hotel es que puede tomar su desayuno ahí por mil pesos más al mes. Los alimentos son mediocres

y siempre los mismos (fruta seca, pan semiduro, café instantáneo y té Laggs), pero así ahorra dinero. Mientras come su plato de fruta –papaya, melón y una fresa– recibe un mensaje de su jefe, un pelón fastidioso obsesionado con su físico, que le pregunta dónde está. Le responde que en casa, aunque siente raro decirle así a un cuartucho de hotel, pero no encuentra otra forma de expresarse. Llega otro mensaje: "Pus apúrale, llegas y t veo enmi oficina, ok?" Teclea un sí y termina su desayuno con calma. Ve el reloj y son las 8:40. Al salir prende un cigarro. Avenida Izazaga luce muy diferente. La calma de la noche cedió al caos que trae consigo los primeros rayos de sol. Una fila de seis o siete carros tocan el claxon cuyo ruido se mezcla con el pitido del silbato de un policía de tránsito que genera más tráfico del que resuelve. Se enfila en dirección contraria al de los autos sobre Izazaga. La mayoría de los locales comerciales a su lado izquierda están cerrados y los pocos con las cortinas levantadas dejan ver trabajadores que limpian el piso con escobas y cubetas de plástico, sin jergas ni jabón.

Cruza la esquina de Bolívar y ahí da vuelta a la izquierda. Un bolero con su carrito atiende a un hombre pelón de lentes, gordito, medio calvo, vestido de traje gris y corbata azul. Cuando ella pasa escucha que el bolero le pregunta, "¿Cómo la ve mi magistrado?" A lo que el burócrata contesta: "Que buenas nalgas, mira cómo se le mueven. Seguro trae tanga", todo pasa rápido y se siente incómoda por usar ese pantalón negro pegado. Vuelve a doblar en la esquina de San Jerónimo y Bolívar, en la gasolinera, pero se arrepiente del camino que eligió porque la calle y las aceras están llenas de polvo, debido a las reparaciones que terminó la alcaldía uso días antes. Su pantalón y zapatos quedarán sucios.

Justo al lado de la gasolinera hay un edificio que anuncia con letreros que ahí existe una escuela para masajistas. Sobre esa acera, la derecha, se extiende una barda, recién pintada de blanco y que es de un estacionamiento al que ingresas por avenida Izazaga. Del otro lado unos edificios antiguos –es un riesgo decir eso en una zona donde coexisten pirámides del siglo XIV e iglesias de XVI es arriesgado– abarcan un cuarto de la cuadra. Una vez entró a ellos,

la invitó un chico que conoció en un bar y pasaron la noche juntos, pero era muy de noche y no vio muchos detalles. Cuando pasa por ahí imagina la vida que llevan sus inquilinos, no tan diferente a la suya, supone.

Avanza y a media cuadra se encuentra con un hombre que lleva un bolillo en su mano derecha y habla en voz alta frases sin un hilo conductor. Lo reconoce: es un vagabundo que aparta lugares ahí y al cual vio una vez pelear con un conductor. Ahora que ampliaron la banqueta y redujeron la calle, ya no hay espacios para estacionar y con una simple decisión burocrática le arrebataron su sustento.

Ve a jóvenes, chicos y chicas, salir del edificio alterno de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Vestidos con zapatos negros, pantalón gris y filipina blanca. Sus rostros reflejan preocupación, parece que van tarde a su clase. Mira la hora en su celular. Las 8:45. A unos 20 metros de la puerta de la Universidad, en la acera derecha, un hombre yace en el piso. Vestido con ropa raída y el rostro cubierto por un pedazo de cartón, saca su miembro y comienza a orinar. En su acto no hay exhibicionismo –no la ve a ella ni a nadie más por el cartón–, sino la necesidad de orinar y ya. Ella retrocede unos pasos para cruzar al otro lado, evitando el charco de orina que comienza a correr hacia ella, pero ve que sobre la izquierda camina otro vago. Camina lento en dirección contraria a los autos. Rodea al hombre en el piso y avanza con rapidez para llegar a la esquina. Es muy temprano y pasa mucha gente, así que no teme tanto por su seguridad, siempre es mejor prevenir que lamentar, piensa. Aunque no está siquiera cerca del hombre cuando se cruzan, el olor que expide le provoca náuseas. Es ese olor rancio, hedor más bien, que se produce por la falta de higiene. Siente arcadas en el estómago y vomita. No puede hacer otra cosa que vomitar. Todo el desayuno se expande ante sus pies, sobre sus zapatillas y pantalón. Siente vergüenza, pero no es algo que pueda controlar. Suena un claxon fuerte. Está a media calle. Se mueve por inercia a la acera y el automovilista le grita "Pendeja, llevo prisa". Suena su teléfono. Un mensaje de su jefe que no abre. No puede llegar a la Corte así. Debe volver a su cuarto, pero no

tiene ropa limpia. Sobre San Jerónimo están los vagabundos y el riesgo de volver el estómago otra vez. Irse por Izazaga implica más gente, verse expuesta a una foto por su aspecto que se vuelva viral en redes. Exhala profundo y toma camino por San Jerónimo. El asco se quita. El quemón en redes sociales, no. Vuelve a sonar el teléfono. Llegan dos mensajes, tres…



Ilustración por Brenda Terán

Un poco más de libertad

Nancy Verver

Después de cuatro años de espera, mi esposo y yo disfrutaremos de dos semanas juntos en la playa, finalmente. Nos ha tomado muchas horas dedicadas a la planificación; todo tiene que salir perfecto, considerando que son nuestras únicas vacaciones del año. Al escoger un destino, nos inclinamos de manera natural por México y su Pacífico. Oaxaca parece la mejor opción.

Elegimos septiembre, época de poco turismo, la mayoría jubilados y, por lo tanto, con más tranquilidad. El hotel lo queremos pequeño y exclusivo, uno de esos lugares escondidos que solo se conocen por recomendación. Todo está listo e inmejorable. Llegamos y, para nuestra sorpresa, no hay retrasos en el avión ni en el registro. La recepción se encuentra llena de flores de distintos colores y plantas de un verde intenso, apenas se distingue la recepcionista. Todo muy limpio y con aroma a lavanda. Al final del pasillo se puede observar un mar en calma, como si también se hubiera tomado un descanso. Cada detalle transcurre como lo planeamos.

Tan pronto entramos a la habitación, desempacamos y nos ponemos el traje de baño. Yo decido estrenar mi bikini —¡que sirvan de algo tantas horas en el gimnasio! Él opta por el de toda la vida. Apenas encontramos el bloqueador, salimos corriendo directo a la playa. Está vacía, limpia, con arena fina y templada, ideal para caminar descalzos. El cielo luce un azul radiante, claro y limpio, como recién estrenado, mientras el mar despliega un turquesa brillante. El escenario parece sacado de una postal.

Ante tal ambiente, opto por algo fresco: una margarita frappé, con escarcha de sal y una coqueta rodaja de limón. Con la bebida en mano, acomodo como puedo la toalla en un camastro, dejo mi bolsa de playa a un lado, saco mis lentes, un buen libro de feminismo después de los 40´s y finalmente el celular —por si acaso se ofrece. En fin... hasta siento que no merezco este momento.

Mientras disfrutamos de la tranquilidad, noto que hay una pareja muy cerca de nosotros, que, a decir verdad, no afecta en absoluto el cálido escenario que estamos viviendo. Saludo a nuestros vecinos, una costumbre heredada de mi familia: siempre hay que ser cortés y educado cuando uno llega. Estoy convencida de que debería haber excepciones; en la playa, no es necesario interactuar, y menos con tan poca ropa.

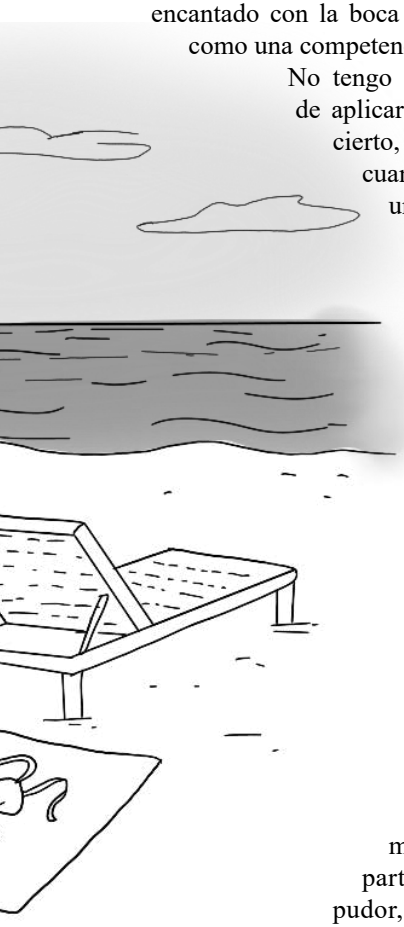
Al acercarme, me doy cuenta de que mi vecina no lleva la parte superior del traje de baño. Al principio creí haber visto mal, no traigo mis lentes y trato de no evidenciar que la observo. “Buen cuerpo para su edad”, dirían mis amigas. Parece de unos 35 años bien cuidados; delgada, piel morena, cabello largo y castaño, para las que nos teñimos el cabello equivaldría al número 6.4 de la marca L’Oreal. Su prenda de baño, o al menos el pedazo de tela que le queda, es azul turquesa. Bueno, no tiene caso entrar en más detalles sobre ella; enfoquémonos en su pareja. Un hombre muy atractivo, un poco más joven que ella, de unos 30 años, con un físico muy trabajado y un bronceado uniforme, como de varios días en la playa. Cabello castaño natural, con una barba desordenada, propia de unas vacaciones. Él también está con el pecho descubierto, lo cual es común en los hombres y no causa problema alguno. Nunca he entendido por qué ellos pueden andar con el torso descubierto y las mujeres no. Es un tema para otra revolución de género que ahora no viene al caso discutir.



Mientras me recuesto en el camastro, decido ignorar estos pensamientos triviales y concentrarme en el vaivén de las olas, en el mar rompiendo en la orilla de la playa. Mi esposo está en la misma sintonía; apenas hablamos, lo cual él agradece, es parte de sus vacaciones favoritas, compartir en silencio.

Todo parece perfecto hasta que siento una cantidad inusual de arena en mi espalda. Al voltear, me doy cuenta de que la vecina sacude bruscamente su toallón para reacomodarlo; el viento lleva toda su arena hacia mi cuerpo. Intento restarle importancia; la prudencia y la cortesía me las transmitieron con la leche materna y las tenía inscritas en mi material genético, contra mi voluntad. Quisiera que la historia termine ahí, pero la vecina empieza a aplicarse loción por todo el cuerpo.

Se levanta y, con las manos llenas, inicia el proceso con movimientos extraños, sensuales y pausados. Es inevitable observarla; se aplica crema en su pecho descubierto, en cada pierna y en cada rincón de su cuerpo. Sin pudor, como dirían mis tías. La expresión de su pareja es lo mejor: la observa embelesado, sin parpadear. Hasta aquí todo parece natural, sin embargo, al ver a mi esposo, todo cambia. Él también la observa encantado con la boca entreabierta, sin recato alguno. Eso lo siento como una competencia muy agresiva, una verdadera provocación.



No tengo idea de cuánto tiempo durará el espectáculo de aplicar el bronceador número 8 de Coopertone, por cierto, muy cotizado entre mis amigas de juventud, cuando por fin llego a mi límite. Tengo que tomar una decisión ejecutiva: o me muevo a otro lugar con mi toalla, mi bebida y mi esposo, o hago lo mismo que ella y entro en concurso para captar la atención de nuestros hombres y, lo más importante, para ver si así la incomodo aún más y logro que se retire del lugar junto con su toalla, su bebida y su esposo.

Desde niña disfruto los retos, así que no lo dudo, si se trata de ganar la atención de nuestros hombres, daré la batalla. Decido aplicarme loción al estilo más seductor que conozco. Aclaro que lo mío es bloqueador y no bronceador; a mi edad ya no está permitido broncearse. Comienzo sacudiendo la toalla tratando de hacerlo con estilo y gracia; no tengo idea si así se verá, pero yo así lo siento. Al poco tiempo de iniciar la aplicación del protector solar, me doy cuenta de que realmente me estorba la parte superior de mi bikini carmesí. Sin mayor pudor, lo desabrocho y con mucha gracia lo coloco junto a mi bebida.

La sensación de libertad que siento es indescriptible. Con entusiasmo, continúo la aplicación del bloqueador en mis largas

piernas, con movimientos delicados y con clase, por lo menos así lo intento. Inicio desde el tobillo y hasta el muslo, sin doblar las rodillas, haciendo uso de la última etapa de mi pobre flexibilidad.

Me aseguro de que la vecina me observe y entienda lo que es tener a alguien cerca haciendo semejantes desfiguros; lo aplico también en mis brazos y cuello lentamente, con armonía, sin dejar un solo rincón sin cubrir. Al terminar, sacudo mi larga cabellera teñida con el negro número 1 de L'Oreal, y me aseguro de que tanto su pareja como la mía estén muy atentos.

Es una grata sorpresa ver a los tres con los ojos hechizados y la boca entreabierta; mi vecina con cara de furia; su esposo, con expresión encantada; y el mío, sin saber si estaba sorprendido o avergonzado. A estas alturas, pensé que estaría sonrojada; para mi sorpresa no es así.

Todo parece acontecer de una forma maravillosa hasta que mi vecina se acerca con una expresión de asombro y enojo. Me reclama por hacer semejantes desfiguros frente a su pareja. Por un lado, siento que he cumplido mi objetivo de darle una lección, pero al mismo tiempo, me encanta la sensación de libertad, erotismo y espectáculo para la comunidad. Tal es la sensación, que al final, el aprendizaje es mío.

Intento explicarle que ella tiene razón, que la idea de no llevar nada en la parte superior es genial, sin embargo, lo único que consigo expresar es que, si no le gusta, la que debe irse es ella.

Estamos enredadas en esta discusión cuando cuatro mujeres y el gerente del hotel se acercan muy molestos. Ellas, usando atuendo para nadar completo y con más de 60 años, nos reclaman por no portar la parte superior del traje. Nos exigen cubrirnos con argumentos de que se trata de un espacio familiar y que no permitirían que sus hijos ni sus nietos presenciaran semejante espectáculo.

La vecina y yo escuchamos atentas el discurso agresivo y conservador. Nos miramos, y en este instante nos damos cuenta de que, compartimos la misma causa. La libertad que siento es tan grande que jamás volveré a cubrirme el torso; no hay marcha atrás. Les pido que no armen un escándalo y reconozco su punto de vista, pero dejo claro que no me cubriré de nuevo, ¡nunca más! Así que mi nueva aliada y yo, antes vecinas y rivales, tomamos nuestras toallas, nuestras bebidas y a nuestros maridos, y nos vamos a un lugar donde podamos aprender otra lección y disfrutar un poco más de libertad.

Dos deseos

Denzil Garteiz

Cuando la muerte se acerca el alma comienza a desprenderse lentamente y, a veces, en esos últimos momentos, es capaz de contemplar a su propio cuerpo desde la distancia.

Se vio tendida, sobre la mesa quirúrgica, con el rostro descolorido y el tubo del ventilador metido en la garganta, deformando su habitual sonrisa. El sudor de las mejillas había borrado la delicada capa de colorete que se había puesto para maquillar su cara; había querido verse hermosa para conocer a sus bebés. El resto del cuerpo estaba cubierto por campos quirúrgicos manchados de sangre. El abdomen había sido abierto de un extremo a otro con el filo de un bisturí. Las manos de los médicos luchaban desesperadamente para controlar la hemorragia que venía de su interior… y para sacar a los niños lo más pronto posible.

Con cada segundo que pasaba y cada mililitro de sangre que se perdía, el alma se alejaba un poco más del talle.

No podía ayudar, gritar o rezar.

No lograba aferrarse a su carne, a sus huesos o a sus críos.

El embarazo había sido difícil de conseguir por sus cuarenta y seis años de edad, pero con la ayuda del doctor se había logrado una doble gestación. Todo había ido bien; la panza se había puesto enorme, sus pechos estaban listos para lactar y su pelvis preparada para parir. Todo había ido bien hasta el día anterior, cuando se había instalado el dolor de cabeza y las náuseas se habían apoderado de ella. No había querido molestar al ginecólogo a esa hora y había preferido hacer sus ejercicios de respiración y relajación. Al amanecer se había agregado un intenso dolor en la boca del estómago y se le había puesto rígido el abdomen. Sus bebés parecían haberse cansado y habían dejado de patear por dentro. Ella había decidido esperar a sentir las contracciones antes de prepararse para ir al hospital, como lo había aprendido en su curso psicoprofiláctico. Pero el dolor había escalado sin cesar y su presión había comenzado a pulsar como tambor bajo sus sienes. Nunca contempló que el tráfico de la ciudad retrasaría aún más su llegada al hospital y para entonces, el dolor había rebasado lo insoportable; había sentido cómo si la partieran en dos. Había vomitado en el coche, se le había obscurecido la vista y no se había podido percatar del terror en la

cara de su esposo. La habían tenido que llevar en silla de ruedas a la sala de labor. Lo último que escuchó fue a las enfermeras asustadas pidiendo a gritos que llamaran a su médico.

El diagnóstico: preeclampsia severa.

Las órdenes del doctor: pasar de inmediato a cesárea de urgencia por riesgo alto de muerte para el trinomio.

El hallazgo: hemorragia severa por ruptura hepática hipertensiva.

Si las almas pudieran llorar, esta se hubiera vaciado en lágrimas. Con desgarrante impotencia presenció cómo extraían al primer bebé, morado y flácido; sin vida. El segundo, con un poco más de tono muscular pero extremadamente débil había sido rápidamente bloqueado de su vista por la velocidad con que los neonatólogos lo habían sacado de ahí. La hemorragia seguía brotando del abdomen, había alaridos desesperados, ordenes vacías, personas entrando y saliendo de la sala; todo en absoluto caos.

Más sangre caía al piso de la que podían transfundir de regreso los médicos.

Menos tensión arterial se producía en el sistema circulatorio de la que se podía registrar en el monitor.

Menos frecuencia cardiaca surgía del corazón de la que se podía escuchar con un estetoscopio.

El alma no solo se alejaba más y más de su cuerpo, sino que también empezaba a difuminarse en el aire y su visión de los hechos se hacía cada vez más nebulosa.

De pronto, un cirujano metió su mano profundo en el abdomen y aplicó presión sobre las arterias que nutren al hígado; una maniobra desesperada y muchas veces riesgosa, pero la única y última opción. Al mismo tiempo ordenó que empaquetaran el abdomen con la mayor cantidad de compresas hasta estrujar toda la zona y aplastar todas las posibles fuentes de sangrado.

Por unos segundos reinó el silencio… y la esperanza.

Las transfusiones empezaron lentamente a rellenar el torrente sanguíneo y las moléculas de oxígeno comenzaron a re-impregnar las células casi muertas de todo el cuerpo. El alma, esparcida ya en partículas diminutas, agotada y desvanecida, intentó reagruparse y reincorporarse con desesperada ilusión.

Tuvieron que pasar múltiples cirugías, dolorosas intervenciones, agotadoras sesiones de rehabilitación y devastadoras terapias emocionales para que el alma y el cuerpo pudieran volverse a conectar.

Tuvo que pasar mucho tiempo; un lento y despiadado tiempo, para que cada corpúsculo del espíritu fuera retomando su lugar y amalgamándose en una nueva estructura funcional. Fue más fácil reparar el cuerpo roto que el alma desmembrada. Las medicinas ayudaron a atenuar el dolor, la nutrición especializada colaboró en el cierre las heridas y las incansables labores de la fisiología humana contribuyeron a restaurar los órganos afectados, pero para el espíritu hizo falta mucho más. Había dentro de esa mujer una fuerza descomunal que trabajaba silenciosamente para resarcir los daños.

¿Cómo se repara la pérdida súbita e incomprensible de dos hijos?

¿Cómo resurge la paz y el empuje para seguir adelante?

¿Cómo hace el alma para volver a infiltrarse en un cuerpo destrozado? ¿Cómo se mitiga la desgracia y se enciende una nueva luz en la obscuridad?

Cuando le hice estas preguntas a Rebeca sus ojos se humedecieron discretamente, pero en su hermoso rostro se dibujó una orgullosa sonrisa. Solo hay algo más poderoso que el deseo de vivir, me contestó mientras acercaba los labios de su bebé recién nacido al seno materno y lo observaba, desbordada de amor.

¿Qué puede tener tanta fuerza?, le pregunté.

El *deseo* de ser madre, contestó.

La Hambruna

Pato Soní Dillmann



Ilustración por Ivonne González.

El estómago gruñó como un perro famélico, esperando que su dueño se dignara a escucharlo. Desde el mediodía no había tragado más que una mísera ensalada césar: pollo tostado, parmesano rancio, lechuga marchita cubierta por una vinagreta demasiado alegre para un cuerpo tan vacío. Un placer corto, insuficiente, inútil. El sol llevaba horas enterrado tras el horizonte, y aun así el hombre no parecía interesado en alimentar a la bestia que lo habitaba.

En vez de eso, se entretuvo en frotar sus muñecas con movimientos lentos, circulares, como si quisiera borrar la piel y no perfumarla. El aroma de cedro se pegó a sus venas. Peinó hacia atrás su cabello negro con un exceso de gel, dejando cada hebra tiesa como aguja, y después tomó el cepillo de dientes como un verdugo que afila su cuchilla. Cada pasada era más violenta que la anterior, golpeando las encías, mirándose fijamente en el espejo, esos ojos azules—casi grises—que devolvían una frialdad de cadáver en formación.

Afuera, la tormenta descargaba como piedras arrancadas de un cielo rabioso, un tambor de rocas estrellándose contra el techo. Ningún ser vivo querría arrastrarse en esas calles mojadas.

El hombre sonrió apenas. Un clima perfecto para una cita.

Fausto Cárdenas apenas tenía veinticuatro años, pero el atuendo lo vestía como a un cadáver preparado para el velorio: camisa blanca sin corbata, pantalones negros, cinturón y calcetines que parecían prolongar la oscuridad hasta sus tobillos. El timbre irrumpió en la casa como un chillido metálico. Fausto avanzó a toda prisa hacia la puerta, pero se detuvo en seco, clavado frente al picaporte. Retiró la mano con un gesto brusco, como si aquel metal ardiera con fuego invisible, o peor, con fiebre ajena.

Respiró hondo, el aire se le enredó en los pulmones. Y entonces sonrió. Una sonrisa desbordada, grotesca en su perfección, estirada de oreja a oreja como una grieta que amenazaba con partirle la cara.

Giró la manija.

Abrió.

Bajo la lluvia, empapada hasta los huesos, estaba ella. Un vestido rojo pegado al cuerpo como una segunda piel en descomposición, el labial a juego brillando con la misma fiereza. Fausto la calculó de unos veintiún años, aunque su juventud parecía más una condena que un regalo. Tenía la cabeza gacha, como queriendo protegerse de la tormenta, pero los ojos se mantenían levantados, suplicantes, como un animalillo al borde del atropello. Ámbar, los tenía; y en ese contraste con la palidez de su piel había algo que parecía sacado de un cuadro fúnebre. Su cabello ondulado chorreaba como serpientes mojadas y apenas se cubría con una chamarra de mezclilla empapada.

—Pasa, por favor —dijo Fausto después de devorarla con los ojos unos segundos—. Ya no te quedes ahí, deshaciéndote.

—Gracias —respondió ella, la voz cálida pero temblorosa, como si escondiera detrás un sollozo.

Fausto le arrancó la chamarra de los hombros y la dejó colgada en la silla junto a la puerta, como si despojara a un animal de su pellejo muerto. Ella cruzó el umbral y se detuvo, atrapada por la amplitud de la casa: un aire húmedo que olía a encierro, la penumbra pegajosa que se adhería a la piel, los muros respirando silencio. Permanecía quieta, con una pequeña bolsa negra colgando sobre su hombro como un lastre, diminuta y absurda frente al vacío voraz del lugar.

—No se veía tan grande por fuera —comentó, todavía atenta al espacio que parecía tragársela.

La casa era antigua, enorme, con cicatrices de años borradas a medias por una remodelación reciente.

—Era de mi abuelo —dijo Fausto, apenas conteniendo una sonrisa torcida—. Murió hace unos meses y desde entonces me he quedado aquí. Supongo que es el último regalo que me dejó.

A veces juraba que aún lo escuchaba en los pasillos, murmurando a esa misma voz que ahora lo vigilaba a él.

—¿Vives solo? —preguntó ella.

—Mejor que vivir con mi madre —bromeó, aunque el aire se espesó tras la frase.

Ella tardó demasiado en sonreír, y cuando lo hizo fue una risa breve, contenida, casi nerviosa.

—Bueno, la cena ya está lista —anunció Fausto, sin disimular un destello en la mirada—. Personalmente muero de hambre.

Ella asintió, con una sonrisa frágil.

—Te sigo.

Todas las luces de la casa estaban apagadas, excepto las de la cocina. Una pequeña mesa circular esperaba en medio de la penumbra, con dos velas temblorosas clavadas en el centro como guardianes moribundos, y dos sillas enfrentadas, demasiado distantes para llamar a eso intimidad.

Fausto salió con una cacerola aún humeante, mientras la mujer se deslizaba hasta el asiento. Cuando él la colocó en medio de la mesa, la vio distraída: su mirada fija en un cuadro colgado en la pared.

—Es mi abuelo —explicó Fausto, acercándose con una calma extraña—. Vivió hasta los ciento dos años.

—Una larga vida —dijo ella sin apartar la vista.

—Una condena —corrigió Fausto con un susurro seco—. Siéntate.

Ella arrastró la silla hacia atrás, el roce áspero contra el piso sonó como un cuchillo mal afilado raspando hueso. Se sentó sin más, colgando su pequeña bolsa del respaldo y dejando el teléfono sobre la mesa, frágil y expuesto bajo la luz temblorosa de las velas. Fausto, ya acomodado, alisó la servilleta sobre sus piernas con la rigidez de un rito aprendido, un gesto vacío que parecía más de morgue que de cortesía. Luego tomó la cacerola y sirvió, el vapor ascendiendo lento, como un aliento que nadie había pedido.

—Spaghetti al pesto —anunció, ofreciéndole la cuchara como si pasara un arma.

—Gracias —respondió ella, aceptando sin mencionar la descortesía.

El sonido de los cubiertos fue el único acompañamiento durante minutos. Ninguno parecía querer romper el silencio, hasta que ella habló:

—¿No te sientes solo? —preguntó de pronto, sus palabras flotando pesadas—. En una casa tan grande… ¿no tienes sirvientes?

—No los necesito —contestó Fausto, evadiendo con brutal simpleza la primera pregunta. Sus ojos, sin embargo, se clavaron en los de ella—. ¿Tú con quién vives?

—Sola —dijo la mujer, con un dejo de fragilidad—. Mis padres murieron hace un par de años. Por eso sé reconocerlo.

—¿Reconocer qué? —preguntó Fausto, aunque ya temía la respuesta.

—La soledad —respondió ella. — Se nota en los ojos.

Fausto bajó la mirada con un gesto involuntario, como si lo hubieran expuesto. Enrolló la pasta con el tenedor, buscando refugio en ese movimiento.

—Nunca me dijiste tu nombre —murmuró, sin levantar la vista.

—Sol —contestó ella con un brillo que no encajaba del todo—. Tú tampoco me dijiste el tuyo —añadió, con un tono repentinamente seductor.

Fausto se sobresaltó, riendo nervioso, como si lo hubieran desarmado.

—Fausto Cárdenas —dijo al fin, mostrando los dientes en una sonrisa demasiado blanca, y por primera vez en la noche dejó caer algo del peso que lo oprimía.

Fausto destapó una botella de Cabernet y llenó dos copas: primero la de ella, luego la suya, como quien marca el orden de un sacrificio.

—Es raro, ¿sabes? —dijo Sol, con un titubeo en la voz.

—¿Qué cosa? —preguntó Fausto, el cristal de la copa reflejando una luz enfermiza sobre sus ojos.

—Una primera cita a ciegas en casa de un desconocido —continuó ella—. Normalmente no hubiera aceptado. Ni siquiera sé qué me dio la fuerza de venir.

Fausto se inclinó hacia adelante, enredando sus palabras en un tono que se quería seductor.

—¿Entonces por qué entraste?

—Tu sonrisa —respondió Sol, encogiéndose de hombros, jugando con el spaghetti como si fuera cuerda fría y viscosa—. No sé, me dio confianza.

Fausto bajó la mirada al teléfono de Sol sobre la mesa, como si midiera en silencio su vulnerabilidad.

—¿Ya habías usado una aplicación de citas antes?

—Sí… pero nunca ha funcionado —contestó ella, mirando fijo su plato—. Espero que esta sea la excepción. —Alzó la vista y sonrió apenas.

Él le devolvió la sonrisa, pero duró lo que dura un parpadeo. El gesto se derritió en su cara, los labios colapsando, los ojos abiertos con un

espanto que no correspondía a nada visible. Sol lo miró, desconcertada.

Fausto giró la cabeza bruscamente, como si alguien lo hubiese llamado desde un rincón vacío.

—Creo que esta sí me gusta… —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Sol, llevándose la copa de vino a los labios, bebiendo como quien busca desaparecer en el líquido.

—No quiero —dijo Fausto de pronto, esta vez más alto, mirando a una sombra detrás de su hombro. La voz le salió áspera, quebrada, y Sol dio un respingo en su silla.

Ella dejó la copa sobre la mesa y suspiró, con un nudo en la garganta.

—Me acabo de acordar… tengo un compromiso, lo había olvidado.

Fausto la miró. Algo en su expresión cambió, como si emergiera de un sueño húmedo.

—No, no, no… —dijo, con una suavidad que no lograba ocultar los gestos crispados de su cuerpo—. ¿Un té, qué te parece?

Y antes de que pudiera levantarse, él la empujó con gentileza forzada de vuelta a la silla. Sus manos eran suaves, pero tenían la firmeza de barrotes.

Se marchó hacia la cocina, echándole miradas cada pocos segundos, como quien vigila a un prisionero. El silbido del agua al calentarse llenó la casa. Fausto regresó con una caja de madera, la colocó frente a ella con un golpe seco.

—Mira —dijo, abriéndola como si presentara un cofre de reliquias—. Escoge un sabor.

Sol apenas rozó las bolsitas de té con la yema de los dedos, temblando. Luego cerró la caja de golpe.

—Creo que ya me voy.

Se levantó, encogiéndose sobre sí misma, los brazos pegados al cuerpo.

Fausto giró en ese instante. Traía una pequeña cuchara en una mano y una taza en la otra. Con un movimiento casi delicado, golpeó el borde de la taza.

El sonido metálico se expandió en el aire, tintilante, como un eco hipnótico que no dejaba escapar a nadie.

Sol dejó caer los brazos, la boca entreabierta, las pupilas abiertas de par en par. Su cuerpo se quedó inmóvil, suspendido como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

No era solo su voluntad: aquella quietud le venía de otro lugar, de la misma voz que susurraba en las paredes desde antes de que Fausto naciera.

Fausto respiró hondo.

Rápido, casi con ansia, Fausto tomó el teléfono de Sol mientras ella permanecía rígida junto a la mesa, como estatua de carne. Lo apagó y lo deslizó dentro de un cajón abarrotado de otros celulares apagados, cada uno un testimonio mudo de presencias que ya no estaban. Después tomó su pequeña bolsa negra y la arrojó al bote de basura, como quien descarta un órgano podrido.

De nuevo frente a la mesa, Fausto fijó la mirada en la pasta que reposaba aún tibia en su plato. El hambre le mordió las entrañas, un rugido sordo que lo hizo empuñar el tenedor. Pero cuando estaba a punto de llevarlo a la boca, una voz surgió de la penumbra. Era seductora como un susurro de mujer, y sin embargo tenía un timbre grave, incorrecto, imposible de ubicar en un cuerpo humano.

—Sabes que eso no te saciará —dijo la voz, arrastrándose desde las sombras como humo envenenado.

Fausto levantó la vista. Y la vio: Sol, allí mismo, su cuerpo inmóvil, las piernas desnudas todavía perladas de agua, la mirada fija y perdida en un horizonte que no existía.

Su estómago rugió de nuevo, más profundo, más cercano al gruñido de un animal.

La noche siguiente tuvieron otra cita.

Fausto, un poco más compuesto que de costumbre, se vistió con un saco gris y una camisa colorida. Esa vez no habría hambre, se repetía. Había pasado la tarde entera cocinando, mientras su estómago rugía con tanta violencia que parecía querer escapar de su cuerpo.

Finalmente, se sentó frente a Sol. Ella lo esperaba en la mesa, con el mismo vestido rojo pegado a la piel, aunque ahora más percudido, marchito como ella misma. El labial estaba corrido, la sombra bajo sus ojos barrida, y esos ojos ámbar seguían abiertos, dilatados, fijos en un punto que ya no pertenecía a este mundo. Sobre su cabeza, una venda ocultaba lo que antes fue su oreja izquierda.

Fausto colocó en la mesa la cacerola, levantando la tapa con un gesto ceremonioso. El vapor dejó escapar un olor espeso, y en el caldo flotaban trozos blandos de carne. Sirvió para sí mismo, sin mirar al Sol, que se limitaba a observar con esa quietud inhumana, o quizá a mirar a través de él.

Al día siguiente, la escena se repitió. Solo que Sol ya estaba sentada con una sola pierna; la otra estaba envuelta en vendas, o, mejor dicho, en el vacío que la venda cubría. Esa noche Fausto preparó filete marinado en chiles y especias, la carne sellada y chisporroteando como si aún gimiera. Sol lo miraba en silencio, cada vez más ajena.

La noche posterior, Sol apareció con un brazo menos. El muñón oculto bajo vendas, mientras Fausto servía con alegría un trozo envuelto en papel aluminio y tocino.

Ese fin de semana, Fausto subió casi tres kilos. Lo devoraba todo, sin pausa, con una voracidad redentora. Sol lo miraba —cada vez más percudida, más lejana, con las pupilas dilatadas hasta perderse en la negrura.

Al terminar, Fausto eructó con un ruido húmedo y tosco. Se cubrió la boca con la servilleta, como si aquel gesto educado pudiera ocultar el hedor a jamón podrido que ya impregnaba el aire. Se levantó, se acercó a Sol y, rodeándole el cuello con su único brazo restante, la obligó a incorporarse.

Antes de moverse, alzó la vista hacia el cuadro de su abuelo. El anciano, desde el óleo ennegrecido por los años, parecía sonreírle con un rictus cruel, casi una burla desde el lienzo. Fausto apretó los dientes, giró y comenzó a caminar.

Atravesaron la sala. Sol apenas se sostenía, tambaleante, un muñeco roto sostenido a la fuerza, y Fausto se tambaleaba con ella para evitar que ambos cayeran. Llegaron al patio trasero. La dejó en pie, sobre un único pie, temblando, mientras él se arrodillaba frente a la coladera oxidada. Introdujo los dedos bajo la tapa y la levantó con un esfuerzo chirriante. El hierro cayó al suelo con un golpe seco.

En ese mismo instante, Sol también se desplomó de lado, con un movimiento torpe y ridículo. Fausto soltó una carcajada.

—Vente, amor —murmuró con voz casi tierna, inclinándose para ayudarla—. Te vas a llenar de lodo.

Le acomodó el brazo alrededor del cuello, con el cuidado falso de un amante. La miró de arriba abajo.

—Ya manchaste todo tu vestido… —observó, con un dejo de lástima que sonaba más a broma que a reproche.

Le sonrió. Pero los ojos de Sol seguían perdidos, vagando en un horizonte vacío. Y entonces, sin dudar, Fausto la empujó.

El cuerpo cayó en la coladera con un golpe sordo, tragado por la negrura.

Su habitación.

Lo primero que sintió fue la humedad, pegándose a su piel como un sudor ajeno. Luego, ese olor extraño, dulzón, casi frutal, que emanaba de la coladera.

—Ya manchaste todo tu vestido… —susurró una voz. Era la de su

madre, lejana, quebrada, como un recuerdo filtrado por el agua.

Entonces, por primera vez en días, sus pupilas reaccionaron. Se contrajeron. Sol respiró de golpe, como si regresara de un sueño profundo. Una punzada le atravesó la cabeza, otra el hombro; luego, la pierna comenzó a arderle. Miró hacia abajo, pero la oscuridad no le concedía respuestas. Intentó llevar la mano a su oreja, y descubrió que algo —o la falta de algo— se lo impedía.

Gritó. Lloró. Pero la oscuridad solo devolvió su propio eco. Hasta que lo recordó: aquella sonrisa maldita.

Alzó la vista. El hueco de la coladera dejaba filtrar una hebra de luz, apenas un destello sucio entre tanta oscuridad. No parecía imposible. No estaba tan lejos. El dolor la quemaba, pero la voluntad era peor que la herida: un ardor que no dejaba morir. Se apoyó contra el muro húmedo, resbalando, tanteando como un insecto atrapado en un frasco. Con la pierna que aún le quedaba buscó equilibrio; con el único brazo que le respondía, empujó la tapa de hierro lo suficiente para abrir una grieta. El metal chirrió, pesado como una lápida. Entonces, con una fuerza que no sabía que aún tenía, se impulsó hacia arriba, trepando a rastras, dejando detrás jirones de vestido y sangre.

Y lo vio. Lo comprendió. Su cuerpo seguía sintiéndolos, pero ni su brazo ni su pierna izquierda estaban ya con ella. Un grito ahogado se le escapó. Sobre su cabeza, el cielo era de un naranja enfermo: el atardecer que pronto se hundiría en la noche.

La casa se alzaba delante de ella. Solo la cocina estaba iluminada. Allí dentro lo esperaba él. Su presa.

Se arrastró por la tierra húmeda, manchando aún más el vestido rojo hasta que se volvió casi negro. Pasó el patio, se deslizó por la sala como una sombra rota, silenciosa, serpenteante. Y allí lo vio: Fausto, cruzando la cocina. Más encantador que la primera vez, pero con algo distinto: satisfecho. Una pequeña barriga sobresalía bajo la camisa blanca, testigo de sus excesos.

Sol se escondió, aguardando. Fausto siguió su camino, sin notarla. Ella se deslizó hacia la isla central y allí lo encontró: un bloque de cuchillos brillando bajo la luz mortecina. Extendió la mano, tomó uno. El frío del metal le devolvió un poco de vida.

Pero al girar, él ya la estaba mirando. Estaba allí, esperándola. Una taza en una mano, una pequeña cuchara en la otra.

Fausto golpeó la taza. El sonido cortó el aire como un hechizo.

El cuchillo se le escapó, golpeando el suelo.

Fausto la observaba. No sonreía. No se burlaba. Había algo en su mirada… algo que se acercaba peligrosamente a la empatía.

Y entonces, desde las sombras, volvió aquella voz.

—Llegó la hora del gran festín.

Fausto no respondió. Solo sostuvo la mirada.

A la mañana siguiente, Fausto volvió a la coladera. Metió las manos y la sacó, como si arrastrara un maniquí olvidado en el agua. Colocó el brazo de Sol alrededor de su cuello y la obligó a caminar con él. Avanzaron despacio, atravesando la neblina del bosque que se extendía detrás de la casa. Cuando alcanzaron un claro, la dejó caer sobre la hierba húmeda y se sentó junto a ella.

—Hace frío, ¿no crees? —murmuró, sobándole el brazo con una caricia que se sentía más como roce de cuervo que como gesto humano.

Sol mantenía la vista fija hacia adelante. Sus ojos estaban abiertos, pero vacíos, perdidos en un horizonte que no respondía.

Fausto la observó en silencio, casi con ternura.

—Quiero agradecerte —dijo al fin, su voz quebrada por un extraño temblor—. En otra vida, quizás, nos hubiéramos divertido.

Se inclinó despacio hacia ella. La contempló de cerca, los labios abiertos apenas un instante.

—Has sido mi favorita… —susurró.

Y en lugar de besarla, hundió los dientes en su labio inferior, desgarrándolo con calma, como quien reclama lo único que le pertenece.

Fausto se bañaba con calma enfermiza, tallándose con una esponja en movimientos lentos, casi ceremoniales. Deslizaba los dedos por su cabello, no las uñas, y dejaba que el agua caliente le quemara el rostro como una confesión silenciosa.

Al salir, se quedó desnudo frente al espejo empañado. Un cuerpo expuesto, vulnerable, marcado por la humedad.

—No me digas que estás dudando… —susurró una voz sombría desde la bruma.

Fausto deslizó la mano sobre el vidrio empañado. Y entonces la vio. De pie detrás de él.

Una mujer sin cabello, la piel ennegrecida como carbón aún humeante, los dientes afilados y negros, los ojos dos pozos idénticos, sin fondo. El cuerpo desnudo, expuesto, pero sin un gramo de pudor ni rastro de humanidad. Una figura que no pertenecía al mundo de los vivos, y que aun así lo miraba como si lo reclamara desde siempre.

—No sé si quiero hacerlo —murmuró Fausto.

—Tenemos un trato —respondió la mujer, con un tono seductor que se arrastraba como serpiente. Su mano recorrió el pecho de Fausto hasta su vientre—. Eres igual de atractivo que tu abuelo.

La humillación lo cubrió como otra piel. Desnudo, observado, se hizo a un lado de manera instintiva. Ella desapareció.

—Estoy cansado de esta hambre —dijo con voz derrotada, como si le arrancaran el aire.

Entonces apareció detrás de él, de nuevo, con un murmullo áspero.

—Creí haberte dicho que nunca pronunciarás mi nombre —su voz se quebró en violencia contenida—. ¿Ya no quieres vivir para siempre? —sus dedos, largos y fríos, le pasaron por el cabello mojado.

Fausto se apartó y caminó hacia su cuarto. Allí lo aguardaba la túnica blanca, impecable y silenciosa, como si hubiese estado esperando desde siempre el momento del festín. Junto a ella, la máscara: un rostro sin gesto, sin alma, una carcasa vacía para ocultar la suya.

Tomó el cuchillo y la vela. Atravesó el patio bajo una noche clara, las estrellas arriba parpadeando como testigos indiferentes. El aire olía a tierra fría y a promesa de sangre. Llegó hasta la coladera.

Dejó las cosas en el suelo, se inclinó y alzó la tapa de hierro. El chirrido metálico se abrió paso en la noche como un lamento enterrado. Luego tomó de nuevo la vela y el cuchillo. Y bajó, tragado por la oscuridad.

Miró a la derecha. Nada.

Miró a la izquierda. Nada.

Miró atrás.

Allí estaba. Sol, tambaleante sobre un solo pie, pero erguida en posición de ataque.

Se lanzó contra él. Fausto respondió con una elegancia fría, el cuchillo trazó una línea limpia y brutal en su cuello. La yugular se abrió y la sangre salió disparada, caliente, pintando el suelo como un óleo recién vertido. Ella cayó de lado, con las manos inútiles intentando tapar lo imposible, gorgoteando, ahogándose en su propia garganta.

El aire húmedo del subterráneo se impregnó de ese sonido: los últimos suspiros de Sol, breves, rotos, convertidos en un coro de gritos sofocados que se extinguían. La vida se desangraba en silencio.

Entonces, con calma, Fausto Cárdenas se levantó la máscara.

Dejó la vela en el suelo. Levantó el cuchillo.

Y, como un león sobre su presa, se inclinó sobre ella.

El silencio quedó suspendido en la coladera mucho después de que el cuerpo dejara de moverse. Solo la vela seguía ardiendo, consumiéndose poco a poco, llenando el aire con un humo denso que olía a cera y carne. Fausto respiraba pesado, y en cada exhalación parecía expulsar algo más oscuro que el vapor.

La noche siguiente, Fausto se frotaba loción en las manos. Cepillaba sus dientes con furia, cada movimiento más violento que el anterior.

El timbre sonó. Fausto sonrió.

Esa sonrisa.

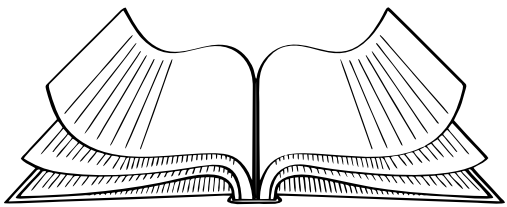
Esa maldita sonrisa.

GRACIAS

POR ESTOS

10

AÑOS DE



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

SEGUIREMOS
ATRAPANDO LECTORES
PARA **NUNCA** DEJARLOS IR...

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Sara Gabriela Laris Villamil
laris@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Un ejemplar de diez,
Eduardo Caballero

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Daniel Nawy Cid
Fausto Maximiliano Adame Pérez
Erandi Guadalupe Lozano Velázquez

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y nueve. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Diciembre de 2025 - Enero de 2026.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Estos versos, lector mío,
que a tu deleite consagro,
y sólo tienen de buenos
conocer yo que son malos,
ni disputártelos quiero
ni quiero recomendarlos,
porque eso fuera querer
hacer de ellos mucho caso."

Prólogo al lector
Sor Juana Inés de la Cruz

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir